



LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO

Cuentos para soñar con  
un Ecuador pospetrolero



Para más información:



Usa la cámara  
de tu celular

Organizadores del concurso:



Con el apoyo de:



Impreso por:





# Cuentos para soñar con un Ecuador pospetrolero



LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO



## **Cuentos para soñar con un Ecuador pospetrolero**

### **Coordinadora del Concurso**

Ivonne Yáñez, Acción Ecológica

### **Curador del Concurso**

Juan Freile

### **Asesoría**

Alexandra Almeida, Acción Ecológica

### **Corrección de textos**

Juan Sebastián Martínez

### **Diseño y diagramación**

Manthra Comunicación / [info@manthra.ec](mailto:info@manthra.ec)

### **ISBN**

978-9942-09-766-8

### **ISBN DIGITAL:**

978-9942-09-992-1

### **Impresión**

Abya Yala, Quito, Ecuador

**Quito, octubre de 2021**

**Acción Ecológica / IEETM / Editorial Abya Yala**



# Índice

Presentación ..... 6

## **CUENTOS GANADORES** ..... 9

**No pisotee** ..... 10  
Simón Domínguez

**El oro escondido** ..... 18  
Katherine Muñoz

**Vainilla** ..... 29  
Felipe Obando

## **MENCIONES DE HONOR** ..... 35

**Surik y Jaguar** ..... 36  
Paulina Espinosa

**El misterio escondido de un pueblo que se  
convirtió en leyenda** ..... 49  
José Fajardo

**Una loca idea** ..... 65  
Diana Vasco

**La fábrica de invenciones** ..... 71  
Victoria Vasco

<b>RECONOCIMIENTOS</b> .....	<b>83</b>
<b>El coan coan que nunca durmió</b> .....	<b>84</b>
Katia Barrios	
<b>Distopías</b> .....	<b>88</b>
Hugo Dávila	
<b>Te daré camu camu</b> .....	<b>94</b>
Juan Carlos Erazo	
<b>La decisión de William: una Amazonía ecuatoriana sin petróleo</b> .....	<b>102</b>
William Miguel Espinoza	
<b>Redenciones geológicas de dos mundos</b> .....	<b>112</b>
Talita Sánchez	
<b>Nemonte: entre el ayer y hoy</b> .....	<b>124</b>
Mayra Tasna	
<b>Jurados del concurso</b> .....	<b>133</b>





*De qué nos sirve luchar contra el extractivismo si nos hemos olvidado de la utopía. Nuestra utopía sigue siendo el Sumak Kawsay*

**Blanca Chancosa**

## Presentación

La historia del Ecuador cambió profundamente hace casi sesenta años con el inicio de la extracción de petróleo en la Amazonía. Desde entonces, el Ecuador se endeudó masivamente, aumento la corrupción, cientos de miles de hectáreas deforestadas, pérdida de biodiversidad, ríos contaminados, miles de enfermos con cáncer, pueblos indígenas diezmados o desaparecidos, economía dependiente del petróleo... Una huella imborrable de degradación ambiental y social.

Este libro nació precisamente con esa idea: imaginarnos cómo habría sido la vida de los pueblos del Ecuador si en la Amazonía nunca se hubiera encontrado petróleo. La publicación recoge 13 cuentos que nos permiten soñar a través de la narración una historia alterna, una historia que pudo ser.

La convocatoria estuvo abierta para escritores y escritoras aficionadas o profesionales, pero también para todas las personas que querían contarnos un cuento imaginando que en el Ecuador nunca hubo petróleo y que las cosas hubieran podido ser de otra manera.

Llegaron numerosos cuentos para ser leídos y considerados. De estos, 86 pasaron a manos del jurado que estuvo conformado por Gabriela Alemán, Natalia García, Jonathan Álvarez y Pablo Fajardo. Luego de arduas deliberaciones, se escogieron tres cuentos ganadores, cuatro con mención especial y seis reconocimientos también para ser publicados.

«Para muchos ecuatorianos y ecuatorianas, la Amazonía es un mito. Para los gobiernos y empresas, la Amazonía es solo un lugar con petróleo. Para los migrantes que llegamos de otras provincias la Amazonía se convirtió en nuestra segunda identidad, en nuestro segundo hogar. Para los pueblos indígenas la Amazonía es lugar de vida, es su universidad, es su colegio, es su hospital y su casa. Al leer los cuentos es hermoso ver cómo la Amazonía puede ser soñada sin petróleo, petróleo que no es desarrollo sino muerte y destrucción». (Pablo Fajardo, presidente del Jurado).



«Ha sido una de las experiencias más lindas en este último año, una experiencia muy refrescante leer los cuentos por estar llenos de imaginación y de una conciencia del entorno que está vivo, de algo más grande que nosotros, más allá de algo utilitario. En varios se fusionan el tema fantástico con las características de la selva y nos dejan una idea esperanzadora y llena de luz». (Natalia García).

«Mientras leía los cuentos, pensaba sobre el narrar desde el no lugar, desde la ucronía. Ha sido una de las experiencias más chéveres. No se necesitan muchas páginas para narrar imaginando lo que hubiera podido ser o lo que no hubiera podido ser y cerrar con el respeto de la naturaleza en comunión con y entre los seres humanos». (Jonathan Álvarez).

«Todos los cuentos tienen una enorme carga imaginativa, una inmenso desarrollo de la fantasía, nos llevan a pensar más allá de la realidad y hacia una dimensión espiritual que sobrepasa al relato en sí, y que nos abre un portal a imaginar a los árboles y a los animales con un espíritu que dialoga con los seres humanos. Lo que prima es la comunicación, la empatía y la capacidad de imaginar algo distinto». (Gabriela Alemán).

Ponemos en sus manos historias que nos permitirán soñar en un pasado distinto para, quizás, construir un futuro mejor.

## ACCIÓN ECOLÓGICA





LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO



# Cuentos Ganadores



## Primer premio

por: Simón Domínguez

# No pisotee

«¡Najaraip! Entra a la casa, ya se hace tarde», me decía siempre mi mamá cuando el juego estaba justo en su mejor momento. De más pequeña no me gustaba para nada mi nombre, *najaraip* significa «no pisotee», se refiere a algo frágil que hay que proteger, y mientras crecía sentía que hasta mi nombre estaba lleno de prohibiciones. Aún hoy, cuando me imagino a mi mamá, lo que se me viene a la cabeza es «No salgas, qué está lloviendo... No te trepes a ese poste... No te comas esa tierra... No molestes a los animales...». Todos los días escuchaba unas mil veces la palabra no, y estaba cansada de eso. Pensaba que me habían puesto ese nombre suponiendo que era algo frágil y que todos me debían proteger, solo por ser la única hija de la Núkur.

Una pensaría que ser la hija de la Núkur es algo genial y que podría hacer lo que quisiera, pero no, mi mamá siempre estaba ocupada con todos los asuntos diplomáticos y las aburridas reuniones con líderes de otros países que venían a sus tediosas conferencias.



Sí, muchas de mis amigas me envidiaban por ser la hija de la líder de toda la Nunka Chikíchik, me envidiaban por poder conocer el mundo y ser reconocida en cada lugar del planeta. Pero a mí eso no me interesaba ni un poco. Yo quería jugar en el río todo el día con mis amigos y reírme a carcajadas sin que eso fuera motivo para salir en las revistas de Nueva York. Y lo que era peor era que mi destino siempre fue convertirme en la próxima Núkur, estaba condenada a esta vida para siempre. En ese tiempo no me lo quería ni imaginar.

Un día que peleé con mi mamá, estaba tan enojada que le dije que cuando fuera mayor no tendría hijas para que no sufrieran lo mismo que yo, ni bien lo dije me arrepentí, pero pude ver el pesar en los ojos de mi madre, generalmente tan fuertes y seguros.

Mientras iba creciendo, me fui adaptando poco a poco a mi realidad, a fin de cuentas, en el fondo entendía que la labor de la Núkur era indispensable para el mundo. Ni siquiera alcanzo a imaginar cómo sería vivir hace tan solo unos 50 años, cuando no se conocía la Unión Espiritual. El mundo estaba desunido, vivían en casas hechas de metal y cemento, solo les importaba cada uno y destruían la naturaleza porque sí, ¿puedes imaginarlo? Qué loco que estaba el mundo. Pero bueno, como dice mi papá, eran otros tiempos y ellos no sabían, no era su culpa.

Mi abuela fue la primera Núkur, logró algo impresionante y sin duda cambió el destino del mundo, en cada libro de historia que he leído se la nombra y desde aquí hasta en la más remota esquina del lejano oriente hay al menos una



escuela, un templo, o hasta un auditorio con el nombre de mi abuela; lo que hizo fue impresionante.

Mi pueblo siempre tuvo una conexión muy fuerte con la naturaleza y el mundo espiritual, pero lo que el resto de la gente no sabía en ese entonces, es que desde hace milenios estábamos en una búsqueda incansable, una misión secreta que solo podíamos completar nosotros y que significaba la supervivencia no solo de nuestro pueblo sino de todo el planeta.

Sabíamos de la Unión Espiritual desde siempre, y los chamanes habían creado incontables ritos, usado cientos de plantas, a lo largo de milenios, para lograr sabiduría muy valiosa; pero apenas habían rosado el objetivo que, todos en silencio, buscábamos alcanzar.

Sin duda una tarea complicada, ya que el mundo terrenal y el plano de los espíritus habían estado separados desde antes de que se formara nuestra galaxia. Mi pueblo tomó la responsabilidad de encontrar este nexo por varias razones, la principal es que estaban asentados en el núcleo energético del planeta. Cómo saben, cada planeta tiene una puerta de entrada al mundo de los espíritus. Pero por la magnitud de la tarea, nos habíamos tomado nuestro tiempo para lograrlo. Y esto no quiere decir que no lo hayamos intentado con mucho trabajo y esfuerzo, pero evidentemente era algo que tenía que hacerse bien. Y no estuvimos exentos de obstáculos. Uno de los más importantes fue sin duda la llegada de los europeos a estas tierras, tuvimos que aguantar sin levantar sospechas, la selva nos protegía de alguna manera, pero los sabios



comprendían que sin duda llegaría el día en el que los árboles no serían suficiente cobijo para la llegada de los ignorantes. Yo sé que no les gusta que los llamemos así, pero, a fin de cuentas, ellos simplemente no sabían lo que hacían. Por lo que, desde la época de la conquista española, los taitas, chamanes y mujeres sabias redoblaron esfuerzos para cumplir su cometido; el tiempo se estaba acabando, la fecha límite se aproximaba como un monstruo enorme hecho de humo negro.

Se tenía indicios de que debajo de la tierra en la que habíamos buscado por generaciones el nexa con el mundo espiritual había petróleo, un líquido negro aceitoso con el que hacían una especie de combustible para que funcionen unos aparatos de metal con los que podían ir de un lado a otro, muy poco prácticos, contaminantes, lentos y por si fuera poco, dicen que eran ruidosos. Un desastre de invento.

Y bueno, si encontraban esa sustancia dañina y empezaban a extraerla, destruirían todo a su paso y nuestra búsqueda hubiera sido en vano, después de eso ya no habría vuelta atrás y el nexa espiritual quedaría inservible. Por suerte, aquí es donde hace su aparición triunfal mi abuela, que con tan solo quince años empezó su travesía para encontrar el nexa.

Todos los chamanes estaban desesperados, había poco tiempo, ¿cómo lograrían hallar algo que no habían encontrado en milenios? Algunos probaron a salir de la comunidad para buscar apoyo en otras tierras, pero la mayoría de ellos fueron corrompidos por el sistema, la tentación



estaba a la vuelta de la esquina, aun así muchos otros continuaron con su labor, aunque en el fondo casi no tenían esperanza.

El tiempo pasó, la tecnología avanzaba y el monstruo de la industria se acercaba cada vez más. Y también se introdujo un virus silencioso en nuestra selva: la idea descabellada de que las mujeres no podíamos hacer algunas cosas. ¿Qué locura no? Por todo esto nadie ponía sus esperanzas en una joven de quince años, ella tenía una gran conexión con el mundo espiritual, tanto en los sueños como en los rituales, pero además era capaz de llegar a estados de trance sin ninguna ayuda, por su cuenta, y decía que aún en ese entonces, cuando los dos mundos estaban separados, mi abuela podía ver a los espíritus asomarse entre los pliegues de la realidad.

Nadie creía en sus visiones y su capacidad, así que, en medio de la rebeldía de la adolescencia, un día se escapó. Escapar de casa cuando vives en medio de la selva es todo un reto, pero mi abuela conocía bien la naturaleza, se adentró en la espesura guiada por una fuerza que simplemente la arrastraba, así llegó a la cueva, esa entrada en la tierra, sepultada por cientos de años con roca y arena y que había sido liberada por las fuertes lluvias de esos días. No fue una coincidencia que mi abuela estuviera ahí en ese momento y que al fin pudiera ver con claridad su destino. Debía guiar tanto el mundo espiritual como el suyo propio a la convivencia a la que estaban destinados, si quería evitar su inminente fin.

Así nació la primera Núkú que con su poder y sabiduría le demostró al mundo que las fronteras, el egoísmo y no



trabajar en conjunto por el bien común eran puros despropósitos. Al principio algunas naciones se opusieron a la idea, pero lo que venía no tenía ningún reparo por gustos, o ideologías, era simplemente un hecho, tan inmenso e imparable como la lluvia o un terremoto. Así se extendió y armonizó el mundo: la Nunka Chikíchik. Aún hoy hay remotos rincones del mundo que están en proceso de transición para entrar en el estado armónico espiritual, ese proceso que sucedió los primeros años tomando como centro la cueva que servía como nervadura delicada entre los dos mundos y que progresivamente se fue ampliando.

Solo dos meses después de la conexión, mi abuela, la primera Núkur utilizó las vías espirituales para visitar a los gobernantes más importantes del planeta, más que una representante o una líder, la Núkur es una mensajera, un receptáculo de la energía, el centro de la red neuronal que cubre cada ser, cada animal, cada planta y cada grano de arena del mundo terrenal con el mundo espiritual. Mi abuela siempre tuvo esta conexión, por eso se explicaban sus capacidades desde muy joven, y es algo que cada hija de la Núkur hereda. Así que tanto mi madre como yo misma sentimos el mundo de forma distinta. Cuando mi abuela se presentó ante los líderes del planeta y les habló, fue todo un revuelo, pero lentamente se dieron cuenta de la verdad, acercarse a la naturaleza era el único y verdadero camino.

Un día, mi mamá me llevó a visitar uno de los lugares más remotos del planeta, ahí apenas habían sentido la llegada de la Nunka Chikíchik, tanto así que aún tenía fronteras, nombre y hasta intercambiaban comida por pedazos de papel a los que llamaban dinero.



Claro, hasta ese momento el influjo de vida no había llegado a esa zona y todavía no entendían que todos éramos parte de lo mismo, mi madre quería que viera esa realidad para entender la importancia de nuestra misión. Y en ese lugar vi algo que me cambió la vida: la gente, totalmente ajena a su alrededor, miraba sin mirar, caminaban como si no tuviesen a dónde llegar y sus acciones parecían guiadas por una mano aterradora a la que solo le importaba tomarlo todo y gruñir si alguien se acercaba.

Después de ver esa realidad yo pensaba que no podía haber algo más horrible, pero estaba equivocada. Mi madre me llevó a una zona boscosa y vi la peor masacre que he presenciado en mi vida, un grupo de hombres usaba herramientas ruidosas y monstruosas para destruir árboles. La Núkur trató de explicarme que lo hacían porque necesitaban la madera para algo, la verdad no le puse mucha atención, ya que estaba impresionada y horrorizada por lo que veía. Las ganas de vomitar me invadieron y empecé a sentir un dolor punzante. Cómo ya dije, las mujeres de la línea de las Núkur sentimos el mundo como parte de nosotras, las personas entre más están conectadas con la Nunka Chikíchik empiezan a sentirlo también, pero me di cuenta de que estos hombres no podían percibir ese dolor espantoso que se estaban (y nos estaban) produciendo mientras cortaban los árboles.

El horror se transformó en miedo y progresivamente en ira, sentía mis poderes nacientes bullir y crecer dentro de mí, solo quería acabar con ese dolor, estaba a punto de lanzarme contra ellos, pero en ese momento sentí la mano de mi madre en mi hombro, la regresé a ver y recuerdo haberme preguntado cómo ella podía soportar



ese espantoso dolor. Al verla bien me di cuenta de que hacía un gran esfuerzo para mantenerse en pie, pero seguía erguida y serena.

Después de un momento, mi madre pronunció *najaraip* con voz firme y potente, pero no estaba llamándome, se dirigía a esos hombres, daba una orden: «No pisoteen, no nos pisén, no más».

Los hombres regresaron a ver a mi madre, y su grandeza y poder los dejaron paralizados, soltaron sus herramientas ruidosas y se quedaron en silencio.

Solo en ese momento entendí el verdadero significado de mi nombre, *najaraip* no era una advertencia para que tuvieran cuidado conmigo o para que me cuidara todo el mundo, o una negación a mi libertad. Era la fortaleza que me guiaría de ahora en adelante. Mi legado está centrado en ese nombre, no pisoteen, no nos pisoteen, todos somos parte de la naturaleza.

Si existiese algún mundo lejano que ha perdido su conexión con el mundo espiritual me gustaría decirles solo esto: «*najaraip*, te estás haciendo daño a ti».



## Segundo premio

por: Katherine Muñoz

# El oro escondido

**D**esde la oscuridad de sus fauces, entre la espesa humedad tropical, oculto entre raíces y ramas vastas, musitaba a través de sus colmillos blancos el eco de una voz somnolienta que rodaba en el viento, haciendo vibrar sutilmente las lianas de los árboles, que actuaban como cuerdas de un arpa, evocando notas de arrullo para toda la jungla. El espíritu protector de la selva —conocido como Shakaim— tomaba la forma del magnífico jaguar para movilizar su energía en este plano terrenal, y cuando no tomaba esta forma vagaba libremente en su apariencia natural: “la selva”. Éste era su cuerpo, la tierra fértil era su piel, acariciando los pasos de sus visitantes, el río palpitaba cual pulso cardíaco llenando de vida a toda su vegetación; respiraba a través de las hojas, es decir, toda la selva viva era su cuerpo activo.

Esta entidad tenía la misión de proteger la jungla a través de los seres humanos, quienes lo escuchaban por medio de sus sueños, creando la simbiosis perfecta y equilibrada entre humanos, naturaleza y espiritualidad. El espíritu protector de la selva dormía plácidamente, y en su sueño tuvo una premonición alarmante y maligna, pudo



observar que en un periodo cercano ingresarían a la selva virgen seres disfrazados con piel humana y ojos sin espíritu, sedientos de poder sobre la naturaleza, buscando el oro negro, pudo ver sus manos manchadas de negro y rojo, vio árboles ancianos caer con dolor, vio que despojaban a los animales de su entorno, vio también que los ríos eran contaminados, escuchó gritos y llantos en lugar del sonido de la selva, supo que la gente nativa fallecería de enfermedades desconocidas y, poco a poco, irían muriendo las personas que aún protegían y cuidaban la naturaleza.

El espíritu de la selva se vio a sí mismo consumido, su cuerpo natural destruido, desprendido de sus partes vitales, estaba agonizando, y escuchó un grito fuerte: «Auxilio», que lo despertó de su pesadilla. En medio de la noche, el espíritu protector de la selva quedó impactado con la terrible premonición, así que al no conciliar nuevamente el sueño se posó en la rama del árbol más alto y con su vista a las estrellas, musitó: «Esto es algo espantoso, ¿qué puedo hacer para contrarrestar el gran mal que el cosmos me anuncia? Debo evitarlo de algún modo». Entre pensamientos y meditación logró conseguir la respuesta indicada, debía enviar un mensaje de ayuda a los únicos seres que pueden reconocer su existencia, los únicos que pueden oír su inaudible voz: los niños de espíritu guerrero, sin embargo, su rugido no vibraba tan fuerte en las lejanías de la selva, por lo cual era urgente encontrar a Arútam, el espíritu supremo, quien poseía la energía suficiente para que Shakaim logre comunicarse con todos los niños de espíritu guerrero. Necesitaba reunir a todos en una sola misión: Salvar a la Madre Selva.



Al amanecer, de un salto vigoroso bajó del gran árbol, estiró su cuerpo y, bebiendo un poco de agua fresca, partió camino a la jungla inmensa en búsqueda de Arútam. Shakaim no podía perder más tiempo, la jungla corría peligro. Así viajó varias lunas y en su andar las estrellas eran cerillos que abrigaban la esperanza, y en la mañana el sol elevaba su canto sagrado para protegerlo en su marcha, se aproximó al vientre de la jungla atravesando la cordillera, montes, bosques, siguiendo el cauce del río, buscaba la cueva de los Tayos, lugar donde habitaba el Gran espíritu.

Cierto día, en su vuelo nocturno, un pequeño tayo vio al jaguar sagrado junto a la orilla de un río abatido en la tristeza. El tayo amable y con mucho sigilo se acercó a él y le dijo: «Espíritu protector de la selva, ¿eres tú?». El jaguar respondió: «Pequeña criatura, he tenido una visión escalofriante, mi cuerpo se desvanecía en el viento y mis seres morían lentamente, no me queda mucho tiempo, necesito ayuda o mi tierra se extinguirá». «Espíritu de la selva, permíteme guiarte a nuestra cueva, ahí habita aquel que nos dará una solución», expresó el tayo. «Gracias criatura, por mi gente y mi selva iremos a buscarlo», manifestó el jaguar.

De esta manera continuaron su andar, logrando llegar a la cueva de los Tayos, lugar donde habitaba Arútam, al ingresar a la cueva el pequeño tayo mencionó: «¡Arútam, necesitamos tu ayuda, por favor manifiéstate!». Con una voz ronca, como si la irregularidad rocosa fuera su garganta, exclamó el espíritu supremo: «Te estaba esperando, tu amor por proteger tu selva y tu gente te han traído hasta aquí». Arútam se materializó en forma de un gran cóndor, sus alas eran gigantescas y sus plumas se



curvaban entre los vértices de la cueva, su gran cabeza era dorada y su collar de plumón estaba formado por nubes, entonces mencionó: «No temas más, mis tayos me lo han contado todo, y a través de sus ojos me han enseñado tu trágica visión, así que envíe a mi tayo más valiente a buscarte y te guíe hasta aquí». Shakaim expresó: «Gracias espíritu supremo, necesito que mi tierra, mi selva sea refugio seguro para mis criaturas, mis habitantes padecerán debido a la gran avaricia, ¿podemos proteger mi tierra, preservar la dignidad y pureza del ambiente?». Arútam, al oír esto, le respondió: «Los guerreros de ayer y hoy serán los guerreros del mañana, los que lleven la luz de la justicia la entregarán encendida a su descendencia, ellos lucharán junto a ti por toda la eternidad cumpliendo su misión de proteger su hogar natural, escucharán tu voz y así crearán una conexión cósmica, para lo cual enviaremos un mensaje a nuestros guerreros de hoy, quienes impedirán que los seres disfrazados de hombres lleguen a nuestras tierras y exploten el oro negro, no temas jaguar sagrado».

Los tayos escuchaban la historia posados sobre las rocas, intrigados sobre cómo el gran espíritu podría enviar este urgente mensaje a los niños y cómo cambiarían el futuro caótico. Arútam empezó a caminar en la cueva buscando algo mientras mencionaba con voz planificadora:

«Usaremos los sueños para comunicarnos con los niños de espíritu guerrero y así escucharán la voz del Espíritu protector de la selva, cumpliendo la misión de salvar nuestra tierra sagrada». Tomó con sus largas garras cuatro plumas de tayos diferentes y las empapó en un estanque en el cual se bañaba la luna cuando tomaba vacaciones, un poco de barro mezclado con orquídeas y, al mencionar

un hechizo, estos objetos se convirtieron en pétalos de flores envueltas en un cristal de agua. Los tayos estaban admirados por la magia que presenciaban sus ojos nocturnos, estaban a la expectativa del siguiente movimiento que daría. «Acércate jaguar sagrado, enfoca tu aliento tibio en esta cerbatana y concentra el mensaje que quieres transmitir a los niños de espíritu guerrero y guárdalos en cada cristal de agua». Arútam aproximó el instrumento a las fauces del jaguar, y su mensaje de auxilio se encapsuló; al exhalar, los cristales salieron proyectados hacia el horizonte y se perdieron de vista. Shakaim sorprendido regresó a ver a Arútam, y, él, con mirada cómplice, le dijo: «Hoy visitarás los sueños de los niños elegidos».

\*\*\*

Felipe dormía en su hamaca cubierto con su mosquitero, con su pantaloneta y camiseta conciliaba el sueño de manera fresca y tranquila en su casa de caña, junto a sus padres y hermanos. A sus 9 años, salía muy temprano en la mañana al mar a pescar en su bote, era valiente y suspicaz.

En las montañas, Qoray dormía arropadita entre grandes cobijas de alpaca en su casita de bloques de barro, mientras la leña calentaba la habitación comunal; vivía junto a sus amados abuelos y hermanos, pues sus padres habían salido a trabajar a otras tierras por estabilidad económica; temprano en la mañana, alimentaba a los cuyes, conejos y demás animales, y jugaban con ellos, a sus tan solo 8 años conocía cuándo cultivar y cómo regar el agua, sentía el sol

entibiar su piel, y para ella era la naturaleza besando sus coloradas mejillas, era noble y benevolente.

David dormía en su cama abrazado a su peluche con su pijama de dibujos animados, su abuelita veía en la sala la novela hasta que su hija volviera del trabajo. David jugaba por las tardes en su pequeño patio con las abejas y gusanos mientras les construía casitas. Salía con su abuelita a pasear y llevaba en una funda su pancito de Ambato para darle a los perritos de la calle, a sus 7 añitos su sonrisa era chispeante e ingenua.

Valentina dormía tranquila después de su terapia física, las visitas al hospital la agotaban, pero en el carro ella jugaba a que éste era una nave espacial y que su misión era plantar todos los árboles que fueron talados en la ciudad, su papá ajustaba sus horarios para acompañarla mientras su madre cuidaba a sus hermanos. Valentina deseaba con todo su corazón que la naturaleza no sintiera el mismo dolor que ella sentía cuando le colocaban las inyecciones, las comparaba con la última noticia que escuchó del negocio de su padre: extraer una cosa llamada *petróleo*. Su empatía e imaginación eran enormes para sus 8 añitos.

Yanukua dormía en calma tras su ritual de ayahuasca que la comunidad había celebrado para conectar con los espíritus, después de un gran día trepando árboles y comiendo chontas con sus amigos, era libre y muy cauteloso, a sus 10 años era un niño muy valiente y sus manos acariciaban los árboles con gran respeto.

Los cristales de agua se posaron en la frente de cada pequeño dormilón, sus sueños se colorearon de un azul verdoso y una sombra tomaba la forma de un animal en cada uno de los sueños de los niños: un monito juguetero, una serpiente magnífica, un tapir curioso, un ave sublime, un delfín rosado y cada uno tenía la voz del Espíritu protector de la selva mencionando el misterioso mensaje: «Escuchen mi voz niños guerreros, no teman, soy el Espíritu protector de la selva, recurro a ustedes en busca de ayuda, su nobleza de espíritu hacia la naturaleza los conectó directamente con el siguiente deber, acompáñame a un viaje onírico, eleven su espíritu y permítanme dirigirlos a la Madre Selva». Los niños no sintieron miedo, estaban seguros y confiados, reconocieron la voz que les hablaba, la habían escuchado antes cuando jugaban con los animales y protegían a las plantas, así que partieron guiados por los animales de su sueño hacia la cueva de los Tayos donde estaba esperándolos Arútam y Shakaim.

Al llegar, los niños guerreros percibieron la presencia magnífica de la Madre Selva, se sentían honrados y felices, incluso algunos acariciaron a los tayos de la emoción: «Niños guerreros, sean bienvenidos a la cueva de los Tayos, mi hogar, gracias por responder a nuestro llamado, necesitamos de su ingenio para salvarla y ustedes son los indicados para impedir la gran desgracia que se acerca, ellos vienen por el oro negro y no podemos permitir que su extracción llene nuestra tierra de dolor y miseria», mencionó Arútam. Los niños se miraron confundidos al no saber qué era el *oro negro*, y el pequeño David con una voz tímida preguntó: «Disculpe señor cóndor, ¿qué es el oro negro?». Valentina, al escuchar la pregunta,



recordó lo que su padre había dicho en una reunión de trabajo y se adelantó a responder:

«Perdón señor cóndor, creo saber qué es el oro negro, y si me permite puedo responder».

El cóndor asintió con su cabeza dorada y la niña explicó: «Mmm... escuché a mi padre decir que es una sustancia un poco líquida de color negro conocida como *petróleo*, le llaman *oro* porque es muuuuuy valiosa para los señores de terno con los que habla, sé que está muy debajo del piso y para sacarlo tienen que hacer un enorme hueco y cortar árboles». Shakaim acotó: «Exactamente como lo mencionaste Valentina, pero además su extracción causaría grandes males a nuestro medio ambiente y a las criaturas que lo habitan, nuestra selva moriría lentamente. Pero para evitar dicho mal, los hemos reunido esta noche con la misión de impedir que los seres disfrazados de humanos logren encontrar el oro negro». «¿Lo vamos a esconder? ¿Y es muy pesado de llevar? ¿No estaba bajo tierra? ¿Cómo vamos a sacarlo? ¿El oro negro es malo?», preguntaron los niños al unísono tratando de despejar sus inquietudes.

El Gran jaguar soltó una carcajada al escuchar las voces brillantes de los niños y expresó: «Calma guerreros, el oro negro es parte de nuestra tierra, como el agua y el aire, es importante ya que forma parte de su cuerpo natural, por eso no podemos eliminarlo, pero sí podemos ocultarlo, y gracias a su creatividad e inteligencia encontrarán el mejor escondite para él, sin embargo, debemos hacerlo antes del amanecer ya que ustedes despertarán de su sueño y la jungla no puede esperar más». Los niños empezaron a mover sus pequeños ojos buscando lugares donde

podrían esconder el oro negro, y conversaban entre ellos planteando ideas y soluciones. «¿Y si lo escondemos en el sol?», mencionó David. «Mmm no creo, sería muy difícil subirlo hasta allá y se podría quemar», respondió Qoray. «¿Y si lo escondemos en el fondo del mar?», dijo Felipe. «Creo que el mar se pintaría de negro y así lo descubrirían», dijo Valentina. «¿Y si lo escondemos en la sombra de los árboles?», dijo muy emocionado Yanukua. «Pero las sombras desaparecen en la noche», respondió triste Qoray. Los niños se sentaron en las rocas con sus manitos en sus quijadas, el amanecer llegaría en poco tiempo y debían ayudar al Shakaim a encontrar una solución.

De repente, Yanukua levantó su mirada del suelo, y al hacerlo, sus ojos se encontraron con los ojos de Valentina, cuyo color era negro profundo, y quedó sorprendido. «¿Y... y... si... lo escondemos en el negro de los ojos de nuestra gente?». Los espíritus sagrados y los niños se sorprendieron al oír la gran idea de Yanukua y enseguida los niños empezaron a dar más ideas.

«¡Es fantástico, podría esconderse también en el cabello de la gente del páramo donde yo vivo, nosotros con mucho gusto lo llevaríamos en nuestro cabello negro brillante!», mencionó muy contenta Qoray. «¡Y también puede estar en la piel negra de mi gente que vive junto al mar, y podríamos acariciarla!», mencionó Felipe. «¡Yo quiero que se esconda en mis pestañas largas y cejas finas para que me acompañe a mi lucha contra mi enfermedad y me de la fuerza de la naturaleza!», dijo con voz fascinada Valentina. «¡Que hermoso escondite!, en nuestro cuerpo llevaremos una parte de la Madre Tierra, y cuando caminemos tendremos su latir en nuestra piel, en nuestros ojos, en

nuestras pestañas... el oro negro de la selva brillando en nosotros, seremos uno solo por siempre, expresó David».

Arútam y Shakaim escucharon con admiración el gran escondite que habían encontrado los niños guerreros. Entonces Shakaim pidió amablemente a un tayo que tomara de la jungla un puñado de tierra fértil y lo trajera a la cueva. Al llegar el ave, Shakaim tomó en sus garras la tierra y le pidió permiso a la Madre Selva para transmutar el oro negro al cuerpo de sus habitantes. La tierra empezó a vibrar y los niños asustados se abrazaron entre sí, Arútam los cubrió con sus alas y les brindó calma. Del piso de la cueva se abrió una pequeña fosa por la cual brotó el oro negro a la superficie y los niños vieron su maravilloso color, éste tomó forma de una nube negra brillante con destellos y se elevó por los cielos en búsqueda de su nuevo refugio. Mientras dormían los habitantes del país, el oro negro se resguardó silenciosamente en el cabello, pestañas, ojos y piel de cada uno de ellos, el oro negro se sintió abrigado y seguro en su nuevo hogar, la belleza de su gente aumentó al proteger la Madre Selva en su ser.

El cielo tomó colores naranjas y amarillos, el amanecer estaba próximo a llegar, y los niños debían despertar de su sueño, así que los espíritus sagrados tomaron las últimas estrellas que aún dormían en el horizonte y las obsequiaron a los niños guerreros por su magnífica labor, los tayos brincaban de felicidad junto a los niños.

«¡Celebremos todos!, la jungla guardará su valor y dignidad intacta gracias a los niños guerreros, mi cuerpo natural y mis criaturas agradecen su misión. Niños guerreros, su luz de justicia y protección brillará por la eternidad, siempre

oirán mi voz en la naturaleza, dijo con bondad Shakaim». «Niños guerreros, es hora de partir, la selva les brinda su gratitud, ahora los animales de sus sueños les guiarán nuevamente a sus hogares. Nunca cierren sus manos ni corazón a la naturaleza, porque ella siempre los abraza», mencionó Arútam mientras los niños partían al alba.

«¡Ya es hora de despertarse!» Los niños abrieron los ojos en cada uno de sus hogares, y se sorprendieron inmensamente al reconocer el oro negro en los ojos, cabello y piel de sus familiares, tenían un brillo extraordinario y saltaron de alegría al ver que la magia de su escondite resultó a la perfección. Los días pasaron, los empresarios y sus maquinarias tuvieron que cancelar las extracciones al no encontrar petróleo en todo el territorio, la fauna y flora de la selva se mantuvieron perfectas y sus habitantes cumplieron sus ciclos naturales, siempre velando por el equilibrio sagrado: humanos, naturaleza y espiritualidad. Los niños, cada noche antes de dormir, recordaban su gran sueño y planeaban para el día de mañana nuevas aventuras que buscaran cuidar la naturaleza junto a sus amiguitos, más manos se sumaban para protegerla y el Espíritu de la selva volvió a dormir plácidamente entre sus ramas y raíces vastas, entre la espesa humedad tropical, y su voz somnolienta hacía vibrar sutilmente las lianas produciendo una tonada de arrullo que cubría a toda la jungla ... y así... todo volvió a su calma.

## Tercer premio

por: Felipe Obando

# Vainilla

El sol se escondía entre las hojas de un aguanillo que se levantaba imponente entre el patio y la casa. El rumor de la quebrada se mezclaba con el ruido que venía del viejo radio de Humberto, que Lucía le había traído de la capital en su última visita —hace ya diez años— junto con una linterna, un cartón repleto de libros y un montón de periódicos que los protegían de los dos días de viaje. Siempre que Lucía venía de visita traía algo interesante, una vez trajo una guitarra, que Humberto tocó y tocó hasta que todas sus cuerdas estuvieron rotas y pasó a ser parte de la decoración de la casa. Cuando venía se quedaba uno o dos meses buscando plantas, guardando tierra en sus frascos de vidrio, anotando todo lo que veía en su libreta. El ambiente cambiaba: un olor a vainilla impregnaba toda la casa, el huerto adquiría un verde primaveral, la lluvia cesaba y una especie de sonrisa se dibujaba en el rostro de Humberto.

Hacia ya muchos años que se conocían, Humberto hablaba poco español y lo poco que hablaba se lo debía a Lucía, que lo había sorprendido una tarde mientras tallaba por entender el titular de un viejo diario y decidió

enseñarle algo de su idioma. Luego, quedaría asombrada viendo cómo en un año Humberto había leído cada manual, etiqueta, o ingrediente de su casa. Poco después las peticiones empezaron a cambiar y Humberto agregaba «y algún libro», al final en sus despedidas. Cuando venían, los tomaba y los apilaba en el soberado, junto a los sacos de maíz, para leer religiosamente diez páginas al día, como un niño que come su último chocolate a pequeños mordiscos. Humberto racionaba las letras, aunque hubo noches que no soportó la tentación y vio aterrado el amanecer con un libro entre las manos. Cada letra, cada oración, cada página, eran profundos sentimientos o mundos nuevos que jamás había conocido; pero, sobre todo, era lo que Lucía había escogido para él.

Humberto había empezado a creer que Lucía ya no volvería y, poco a poco, eliminaba cualquier rastro de ella que se le cruzara. Primero descolgó la guitarra de la pared, luego fue escondiendo los libros y, finalmente, cuando las baterías del radio se agotaron, guardó el último recuerdo que le quedaba.

Por fin estaba tostando el café en su patio y eso era lo único que tenía en mente; entonces ella apareció. Había cambiado, parecía que hubiera vivido dos vidas más, la expresión en su cara era dura y fría, saludó a Humberto con un leve gesto desde lejos, estaba acompañada de seis hombres altos vestidos de traje, empapados de sudor y notablemente incómodos, Lucía le explicó a Humberto que venían de muy lejos buscando un oro negro que está debajo de la tierra, específicamente debajo de su tierra. Uno de los hombres se acercó y abrió un maletín repleto



de dinero mientras Lucía le explicaba que ellos sacarían más provecho al territorio y que le pagarían lo suficiente para vivir el resto de sus días sin que él tuviera que mover un solo dedo, Humberto les dijo que necesitaría unos días para tostar el resto del café y acomodar su ropa, todos rieron y se cerró el trato.

En la noche, Humberto pensó en el oro negro, hace años había visto unos pendientes de oro que traía puestos Lucía, pero nunca había visto oro negro, quizás se parecería al café tostado o talvez a las manchas que el fuego pintaba con el tiempo en las ollas. Entonces, bajo su puerta, vio el destello de una luz, y logró escuchar unos golpes casi imperceptibles... En ese momento, una ráfaga de viento con olor a vainilla inundó la habitación. Humberto sintió que su corazón estaba a punto de reventar, vio los pies descalzos, las largas piernas, la cadera perfecta, el cabello negro ocupando los bordes del pecho y unos ojos muy abiertos, «¿Lucía?», preguntó solamente para asegurarse que no se trataba de un sueño, y, de ser así, conducirlo por el camino correcto.

Esa noche Humberto no durmió, pero se enteró de varias cosas, se enteró de que esos hombres eran los jefes de Lucía, de que él era el último dueño de un terreno dentro de la zona de explotación y que todo el país estaba esperando su decisión, también se enteró del tercer pezón de Lucía y del lunar que cubría casi por completo a su muslo izquierdo, de que el oro negro era un líquido espeso que todos querían comprar, pero también que, hasta el horizonte, los animales desaparecerían y la vida se diezmaría, lo último de lo que se enteró, fue poco antes del amanecer.



cer, y no lo dejaría dormir por el resto de sus días, Lucía quería quedarse, no en sus tierras, ni en su casa, Lucía quería quedarse a su lado.

Ese día Humberto se levantó con un nuevo futuro en mente y con el peso de millones de vidas sobre sus hombros, estaba guardando su ropa en una alforja cuando escuchó un disparo seguido de un fuerte chillido que retumbó en la selva y pareció dejarla callada por unos instantes, salió apresurado al patio y vio a un cachorro de jaguar agonizante a unos metros, y a Lucía viendo aterrorizada la escena, antes de que pudiera siquiera asimilar lo que había sucedido, uno de los hombres aplastó la cabeza del jaguar hasta que un crujido estremeció todos los huesos de Humberto e hizo que Lucía soltara un llanto contenido, no necesitó seguir viendo el espectáculo de aquellos hombres que tomaban al cadáver en brazos para festejar su hazaña.

En ese momento, supo lo que debía hacer, le dijo a Lucía que desempacara todo, tomó su machete y partió rumbo al río sin mayor explicación, luego de unas horas, cuando el sol ya había empezado a caer, volvió con un manojito de ramas y hojas, que junto con unas que tomó de un viejo baúl, puso a hervir en el fogón. Para ese entonces, la piel del jaguar ya estaba estirada y secándose al sol. Durante toda la tarde, Humberto no dijo una sola palabra, hasta que apartó la leña y les hizo a todos una seña para que se sentaran a su alrededor, luego fue repartiendo un pocillo con el té que había preparado, nadie se atrevió a rechazar su invitación, pues era evidente su descontento, todos excepto por Lucía, que decidió ir a dormir luego del segundo trago, continuaron bebiendo hasta que la olla estuvo vacía, la noche ya había caído cuando tres de esos



hombres fueron apresurados al arbusto más cercano para vomitar. Creyendo que habían sido envenenados, tomaron a Humberto por la fuerza para interrogarlo, y vieron cómo su piel se llenaba de manchas negras y sus rasgos se volvían más felinos, Empezaron a correr, pero poco a poco sus extremidades se encogieron y terminaron arrastrándose por todo el patio, sus ojos desesperados buscaban a Humberto, pero sólo encontraron a un jaguar dorado resplandeciente que los observaba enseñando sus colmillos... y un ronroneo cálido envolvió la noche.

Lucía despertó desorientada la tarde del siguiente día, fue al patio y encontró a todos alrededor de la olla, solo que esta vez hinchados y pálidos. Se acercó a Humberto que tenía los ojos entreabiertos y musitaba algo, «Cuídala».

Miró a su alrededor y vio el aguanillo, las plantas, las aves, y entendió a qué se refería Humberto, supo que había perdido su pasado, su futuro, su vida entera, ya no era Lucía, era la tierra la que enterró los cuerpos, era Humberto que se quedó en la casa, era el jaguar que defendía las tierras, era la lluvia que regaba las plantas, era el aguanillo que cimentó el futuro de una nación noble que amó y entregó todo por la vida en cualquiera de sus expresiones, y brilló por luz propia, como motor del planeta.





LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO



# Menciones de honor



## Mención de honor

por: Paulina Espinosa

# Surik y Jaguar

Entre los matorrales y las grandes raíces de los árboles milenarios, los pequeños pies de Surik saltaban y corrían huyendo de Jaguar, que lo perseguía ferozmente.

—¡Déjame ya! —le gritó el joven, mientras lo amenazaba con una lanza de punta de acero.

—No lo haré —le contestó el felino, tratando de alcanzarlo.

No era un episodio aislado. Últimamente, en la selva amazónica había hostilidad entre animales y seres humanos. Todo había empezado cuando la familia de Surik, en especial su padre, Puar, había declarado que parte del territorio donde habitaban era sagrado, y que los animales no podían vivir ni comer dentro de él; muy poco habían podido hacer las comisiones negociadoras de ambos bandos.

Puar era el jefe del pueblo Huaorani, por ello no podía demostrar debilidad, su palabra era ley y el cambiar de idea hubiese sido nefasto para su familia, pues perderían el liderazgo que con el tiempo debería heredar Surik.



De todas formas, los animales no estaban dispuestos a renunciar a ese gran pedazo de tierra, pues ya bastante habían cedido durante siglos para permitirse ceder más.

La Madre Selva había sido dividida en dos regiones, una para seres humanos y otra para los animales. Quizás olvidaron ya los días en que lucharon juntos contra la invasión de la bestia blanca. Cuando la selva les había regalado un solo corazón y no se diferenciaban entre ellos. Pero ya comentaré sobre esto más adelante.

Surik había logrado trepar al árbol más alto del lugar: un ceibo considerado sagrado por todos los habitantes de la selva, un árbol que por su jerarquía hubiese podido parar esta guerra, pero había decidido, al igual que sus compañeros verdes del bosque, permanecer indiferente.

Jaguar sabía cómo trepar los arboles más altos; es más, él había enseñado a Surik todos los trucos para lograrlo. Desde niños, habían tenido una amistad inquebrantable, pero ahora, todo era distinto.

Surik trató de esconder su cuerpo entre las ramas del milenario árbol, pero éste se resistía a ayudarlo. Mientras tanto, el joven asustado miraba cómo su viejo amigo se acercaba seguro a terminar con su vida.

—¡Cúbreme! —le suplicó al ceibo. Pero el árbol parecía inmóvil ante el pedido del joven.

—¡Mucho esperé este momento! —le dijo Jaguar con sus filosos colmillos.



En ese mismo instante, las ramas del árbol hicieron una especie de jaula cubriendo a Surik, aún muchos nos preguntamos qué hizo que el ceibo cambiara de parecer y ayudara al muchacho. Jaguar gritó furioso contra el árbol: «¡Han prometido no intervenir!», y decidió postrarse junto a la jaula de ramas que dejaba espacio apenas para respirar, mientras esperaba pacientemente hora tras hora a que el árbol o el joven se rindieran.

Surik se hallaba en completa oscuridad mientras pasaban las largas horas, aburrido pensó en descansar un poco tratando de arrimar su cuerpo al tronco cansado del viejo árbol. La corteza comenzó a calentar su piel como cuando la sangre corre dentro de ti, en realidad parecía que comenzaban a fundirse el joven y el viejo árbol. Asustado, Surik se apartó de la corteza enseguida, pero guiado por su gran curiosidad volvió a apoyarse en el tronco y nuevamente se sintió parte del árbol. Entonces cerró sus ojos para sentirlo mejor. Fue cuando sucedió; sus brazos apoyados en las ramas se llenaron de plumas de color negro y le crecieron enormes garras. Su cuerpo esbelto y joven se volvió pequeño y abultado, con un pecho curvo y blanco, y una nariz dura como aquellas que el joven huaorani, había visto en las águilas harpía. Fue cuando Surik reconoció que él mismo era una de esas águilas. «¡Qué suerte he tenido!», pensó. De esa manera podría escapar fácilmente de Jaguar sin tener que pelear ni salir lastimado.

El reducido espacio no le permitía desplegar sus extensas alas. El árbol poco a poco fue abriendo las ramas para que Surik pudiera escapar sin ser visto. El joven miró un pequeño agujero de luz entre las ramas y despegó a toda velocidad, llevándose consigo algunas hojas.



Para ser la primera vez, era un vuelo espléndido. De todas maneras, el planear nunca ha sido fácil, ni para aquellas aves más experimentadas, mucho menos para un muchacho que nunca se ha llevado bien con ellas y al que no le han enseñado nada sobre volar.

Mientras más ascendía, más pequeño se veía Jaguar que aún permanecía junto al árbol, él también se había quedado dormido por el cansancio de la persecución. Surik aprovechaba su nuevo cuerpo para pasear un poco sobre la selva, pasaba por ríos cristalinos, grandes árboles que aún se hacían los desentendidos, malezas que cubrían parte de la gran selva y pequeños charcos de lodo —aunque, desde lejos, la Amazonía se veía más bien como un río de color verde oscuro y todos parecían llevarse bien—. Al experimentar esa sensación de libertad, Surik recordó, con tristeza, cuando él y Jaguar eran buenos amigos y solían defenderse y alertarse de posibles peligros; se querían como hermanos aunque nunca se lo dijeron a nadie.

Yo en realidad lo supe gracias a un colibrí topacio que vió muy de cerca estos acontecimientos. Hay que entender que es muy difícil guardar secretos en la selva. Para mí es más fácil enterarme de todo lo que pasa en el bosque, pues soy un pequeño insecto hoja; puedo esconderme fácilmente y escuchar todo lo que me importa (y la historia de Surik me importa tanto como a ustedes).

La Madre Selva amaba a los hombres y a los animales por igual, de ella habían nacido ambos y no podía prescindir de ninguno. Era muy bella, su rostro resplandecía por las mañanas, y en las noches oscuras abrazaba a sus hijos con su vientre cálido. Nadie podía vivir sin ella, nadie quería

vivir sin ella. Sin embargo, el conflicto existía y nadie podía evitarlo.

Surik volaba en el cielo como una bella águila, entonces alcanzó a ver la Tierra Sagrada, que era el lugar donde ni los animales ni los hombres podían habitar. Haciendo una pirueta, comenzó a bajar con lentitud, notó enseguida que habían muchos animales ahí, sin ningún respeto a la prohibición de su padre. En realidad yo había llegado hace algunos días con otros insectos hoja, la comida era abundante y se encontraba cerca del río, lo que le daba un ambiente muy pacífico, así que poco importaban las reglas del padre de Surik, Puar.

La joven águila agitó sus alas en signo de desaprobación. Lo hizo tan fuertemente que algunos árboles se asustaron de aquel viento y se movieron angustiados, permitiendo que las hojas cayeran sobre los animales, los cuales no se percataron de que el joven estaba en el lugar. Yo tampoco lo noté, pues estaba parado justo en una hoja que cayó sobre el nido de unas hormigas culonas, lo que me preocupó mucho pues ellas son muy bravas si las molestan.

—Es muy raro que no noten mi presencia. —se dijo enfurecido el joven huaorani. Surik volvió a agitar las alas.

—¡Mi padre les ha dicho que no quiere que pisen esta tierra! —gritó. Nuevamente el viento acompañó al grito pero ningún animal lo miró.

—Quizás están sordos. —se dijo.



En ese momento, un ruido terrible asustó a todos los que se encontraban en el lugar. Los animales aterrados corrieron a ocultarse, Surik quiso cubrirse pero no pudo y cayó despavorido en el suelo. Un golpe seco provocó que sus ojos se abrieran. Asombrado se dio cuenta de que nuevamente se encontraba en la jaula del ceibo, solo y temblando. Su espalda se había alejado del tronco y esto había provocado que se despertara. Miró para afuera y no había rastro de Jaguar. Las ramas se abrieron y el joven salto del árbol sigilosamente. Corrió hasta donde se hallaba su padre, en el lugar que se reunían los humanos para agradecer a la Madre Selva. Surik no sabía con certeza si fue un sueño o si el ceibo le había compartido un poco de magia; sin embargo, pensaba que era mejor guardar el secreto hasta que las cosas se calmasen un poco.

Los ancianos del pueblo Huaorani solían vestirse para la ocasión, simulando que eran animales amazónicos. Muchos de ellos habían fabricado sus vestimentas con las pieles de aquellos corazones de orquídeas que les entregaba la selva. Deben saber que los corazones de orquídea son seres que tuvieron forma humana o animal y que, al morir, la Madre Selva los conservó junto a ella en forma de flor.

Las personas se sentaban en círculos y en el centro se encontraba Puar, quién tomaba entre sus manos un líquido color verde, lo bebía y lo compartía con aquellos que eran dignos de tomarlo. En ese momento, la selva se llenaba de magia y comenzaba a cambiar de colores, con tonos azules y verdes, amarillos y rojos. Mientras tanto, las orquídeas se convertían en personas ancestrales, algunas muy conocidas para Surik, como sus abuelos. Él sabía bien que



cuando la gente moría, su corazón permanecía en la selva con la forma de una bella orquídea amazónica. Con toda esa magia llena de alegría y colores, Surik pensó en Jaguar, extrañaba correr con él y jugar en los árboles hasta llegar al río, donde miraban a los delfines rosados, ellos suelen nadar pensando que nadie los observa pero todos los vemos.

La reunión llegaba a su fin, los corazones de orquídea se volvieron flor nuevamente y la decisión de Puar de mantener el conflicto con sus hermanos animales continuó. En la mañana siguiente, antes de que el primer rayo de luz tocara el río, Surik salió de la cabaña con una lanza y un hilo en su cintura, desnudo, pues los huaorani no suelen cubrirse para no ofender a su Madre Selva, es ella quien los cubre en el viento y los abriga en el frío. Llegó rápidamente al ceibo, pero un escalofrío de esos que se cuelan en el cuerpo cuando te asustas mucho recorrió a Surik cuando descubrió a Jaguar en la jaula de ramas. Era su lugar, pero ahora estaba su enemigo. Surik se sintió traicionado, frustrado y triste. Un grito de rabia salió de su pecho y despertó a quien hubiese sido su amigo en el pasado. El ceibo abrió lentamente sus ramas y salió Jaguar muy confundido, miró a Surik y se alejó lentamente. Surik observó cómo Jaguar se perdía entre los matorrales, sin darle mayor importancia subió al ceibo que lo abrazó nuevamente. ¡Zas! Las alas de la joven águila se desplegaron y salió del árbol. Surik pudo divisar desde lo alto a Jaguar que caminaba lento y pensativo, seguramente aún no entendía la experiencia que el ceibo le había regalado.



Lo que pasaba es que ni Jaguar ni Surik conocían la magia de la selva, una magia que les ayudaba a expresar su espíritu y su forma real. Estos jóvenes eran especiales y el ceibo quería mostrarles cómo se ve la selva desde dentro de su alma, con los ojos del corazón. Surik sobrevolaba la Amazonía mirando todo desde el cielo, como un águila harpía mientras que Jaguar se convertía en un muchacho joven que caminaba desnudo y descalzo por la tierra. Por ello estaba tan pensativo, quizás hubiese querido contar esta experiencia a Surik pero las cosas por el momento estaban muy feas. Yo también estaba muy pensativo, pues poca importancia tenía un insecto hoja como yo frente a Surik o a un muchacho con ojos de jaguar. Sin embargo, recuerdo cuando la bestia blanca amenazó este sitio.

Fue cuando Puar era apenas un muchacho, pero ya se comportaba como un valiente guerrero. En ese entonces, la Madre Selva había advertido que una bestia se acercaba; enseguida nos previno del peligro y no dudamos en unirnos hombres, animales y naturaleza; todos, para luchar contra el mal que nos acechaba, pues éramos hermanos, dueños de la selva e hijos de la misma madre.

Los animales peleamos con fervor pero no corrimos con tanta suerte como los hombres, nuestros muertos se contaban por miles y los que quedaron vivos se hallaban exhaustos. No exagero cuando les digo que los insectos hoja fuimos los que más resistimos, a pesar de nuestra pequeñez teníamos mucha habilidad con el camuflaje y confundíamos al enemigo.



Nunca vi cosa semejante, nuestro enemigo común era una bestia con tenazas largas y fuertes, sonaba como un animal herido y lanzaba hollín; a su paso, el cielo se oscurecía y el aire olía a muerte. Pese a la confusión, logré ver que en el lomo de la bestia había un hombre que le ordenaba qué hacer, era una escena horripilante.

Puar, enfurecido, no dudó en lanzarse contra la bestia y matarla en un acto de suma valentía. Luego la misma madre abrió su boca y se la tragó. En ese momento di un salto y me asomé al gran agujero, pude ver la sangre de nuestra selva. Su sangre era morena como la piel de sus hijos.

El enfrentamiento fue corto pero sangriento, nuestras bajas fueron indiscutiblemente las mayores y quedamos en desventaja frente a los hombres. Fue cuando Puar se proclamó líder y todos aceptaron tal decisión; quizás sentíamos por él algo parecido a la admiración y al miedo. Entonces, Puar prohibió la entrada en esa tierra donde la Madre había tragado a la bestia. Se convirtió así en la Tierra sagrada. Fue algo que no agradó en lo absoluto a los animales, y enseguida se declararon enemigos de los hombres. En rebeldía, poco a poco fuimos ocupando la Tierra sagrada sin importarnos las decisiones de Puar; esto se debía en parte por el alimento que encontrábamos ahí y en parte porque el río cristalino siempre nos contaba historias que nos complacía escuchar.

Surik estaba muy molesto, voló sobre el lugar que estaba lleno de animales. Indiscutiblemente esto era algo que debía saber su padre. Aquella desobediencia no se podía permitir. Aterrizó de una manera sutil sobre una de las



cicatrices que quedaban en la tierra de aquel ataque de la bestia blanca, era tan profunda que casi se hundió medio cuerpo.

Su cabeza sobresalía y pudo observar todos aquellos desobedientes que comían o descansaban plácidamente. Nadie notaba su presencia como ya lo habíamos contado. Solo un par de ojos negros lo miraban fijamente. Surik se percató que era un muchacho desnudo, casi de su misma edad y que se acercaba rápidamente hacia él, al estar muy cerca lo tomo de su ala.

—¡Suéltame! —replicó el águila indignada. Surik sabía que ese muchacho era Jaguar, aunque no lo era en su forma, de alguna manera seguía siendo el.

—Tú padre debe permitir que los animales estén aquí. —le dijo el joven.

Enseguida señaló una gran fosa llena de orquídeas de colores todas estáticas y bellas, junto a ellas estaba un gran charco de una especie de aceite negro, la sangre de la selva.

—Ellos están aquí por ti y por mí, Surik, por eso el ceibo dejó que nuestros espíritus salieran y descubrieran la verdadera magia de la selva. —exclamó con emoción el joven Jaguar.

—Fue el día que nuestros padres pelearon para defender a nuestra madre y ella nos protegió con su sangre.



—¡Suéltame! —insistió Surik. Jaguar lo soltó suavemente.

—Debes traer a los ancianos de tu pueblo para que nos reunamos aquí. —le grito Jaguar mientras Surik se alzaba en el aire.

Durante esa noche, cuando Surik, convertido nuevamente en un muchacho, estaba en medio de los humanos, todos los ancianos y demás personas estaban listos para la reunión, incluso los corazones de orquídeas se había manifestado en sus formas humanas o animales.

—La Tierra sagrada está ocupada. —dijo Surik, y prosiguió—: Es preciso ir para allá este momento.

Indignados, los huaorani se prepararon para una batalla, pero en especial su líder, Puar. Surik pensó ingenuamente que debería ir a la batalla como un águila harpía. Corrió velozmente hacia el ceibo, quién permaneció inmóvil. Ni los ruegos, ni los intentos del joven lograron que el árbol lo abrazara, seguramente no quería intervenir, los ceibos no quieren intervenir entre peleas de hombres y animales.

El joven frustrado continuó su camino hacia la Tierra sagrada en la que ya se encontraban los guerreros huaorani y los animales, en realidad todos nos encontrábamos ahí. Sigilosamente y sin pensarlo mucho, me confundí entre las hojas por si alguien decidía atacar. Un ruido ensordecedor, uno ya conocido para Surik salió de las entrañas de la tierra, y la bestia blanca fue vomitada desde el fondo.

Aterrados, tomamos un puesto en la nueva batalla contra la bestia, unos al lado de otros como antes, como



hermanos. Pero en un momento todo se quedó en silencio y en oscuridad. La luz nos envolvió y bellos corazones de orquídea rodearon el lugar mientras un pequeño chorro de sangre morena inmovilizaba a la bestia blanca.

La Madre Selva había despertado.

—No pelearán más, sino dejaré a la bestia con ustedes. —exclamó la selva con firmeza—. Serán hermanos, hombres, animales y árboles.

Puar se acercó a los animales y, entre los dos bandos, pactaron no pelear durante mil años. La Madre Selva aceptó el pacto con una condición: la Tierra sagrada sería habitada por hombres, animales y árboles, todos juntos, todo en armonía, como debe estar la Tierra sagrada amazónica.

Para que esto se cumpliera, ella haría que Surik permaneciera con los animales y Jaguar con los hombres.

—¡No viviremos con un animal! —protestó Puar.

—No lo harán. —respondió la Madre Selva.

Enseguida, Jaguar se convirtió en un hermoso joven huaorani que con paso firme caminó hacia donde estaba la gente, mientras Surik miró aturdido cómo se convertía en una bella águila harpía.

Puar, confundido, recibió al nuevo integrante de su pueblo, mientras despedía con tristeza a su hijo. Los animales hicieron ruidos de agrado cuando la joven águila sobrevoló el lugar. Hubo gran ruido, ese mismo ruido que



despertó a Surik del ceibo. La bestia era tragada nuevamente y envuelta en la sangre morena de la selva, todos dieron un grito de júbilo y alivio. Surik se sentía muy feliz, aunque tendría que dejar a su familia, ahora podría estar más atento a lo que les pudiera ocurrir a los humanos, a los animales, a su padre y a Jaguar, y tendría la posibilidad de cuidarlos a todos.

Yo había olvidado salir del camuflaje de hoja cuando Surik aterrizó muy cerca de mí en un pequeño árbol de cumala, quien sonrió, pues ya no se hacen los desentendidos. Lo pude ver muy bien, sus ojos negros, su pelaje negro, aún se podía ver a Surik aunque era un águila harpía.

Traté de fijarme también en el nuevo huaorani, pero me fue imposible, solo pude ver algunos rasgos; cabello negro, piel morena, no les puedo decir más.

Quizás les ayude saber que llevaba una pluma negra en sus manos, seguro es del plumaje de Surik, tal vez aún la sostendrá. Pero mejor no intentes averiguar quién es Jaguar entre la gente, porque es muy difícil identificarlo.

Este es el pacto que se conserva en la selva, algunas veces se puede ver a Surik entre los árboles cerca de los humanos, o quizás a Jaguar cerca de los animales; recuerda que es un joven de ojos negros, ojos de tierra, pero es muy difícil identificarlo. Al menos lo es para mí, que soy insecto hoja, sin embargo es un joven huaorani que se parece a su madre, aquella Madre Selva que no soltará a la bestia blanca mientras todos se amen entre sí.

## Mención de honor

por: José Fajardo

# El misterio escondido de un pueblo que se convirtió en leyenda

El relato que tienes en tus manos está basado en hechos de la vida real.

El extracto de todo este misterio fue encontrado por unos jóvenes cofanes asentados en la orilla del río Aguarico en la provincia de Sucumbíos mientras hacían hoyos en la tierra para construir un mirador muy alto que permita detectar la presencia de intrusos en la selva amazónica ecuatoriana.

Los relatos fueron encontrados en una vasija de barro íntegramente intacta y herméticamente sellada. Se desconoce su origen. La hallaron a tres metros de profundidad bajo tierra. Los escritos que contenía narran una fascinante historia, fechados desde 1964 hasta 1981, narran mitos, leyendas de fantasmas errantes y lucha constante por salvar a la Pacha Mama, el personaje principal de este cuento hace alusión a un anciano de la nacionalidad Cofán, llamado Roco, al final de este cuento se narra en qué condiciones fue encontrada esta impresionante vasija de barro.

Era el año de 1964, en una noche de luna, conmovidos por los espíritus del bosque, de forma espontánea se reunieron



los ancianos de las nacionalidades Cofán, Tetetes y Secoyas, para intercambiar preocupaciones y sabidurías; visualizan el futuro de la Amazonía, al amanecer del nuevo día adoptan una sabia decisión la cual muy pronto se extenderá hasta los ancianos de otros pueblos como los kichwa, huaorani y shuar. En aquel entonces, la voz de los ancianos era considerada ley y se aplicaba para todas las familias asentadas a lo largo y ancho de la selva amazónica. Cada grupo humano utilizaba distintos animales a manera de mensajeros que difundían lo que los ancianos habían decidido, o llamaban a que la comunidad se reuniera. Los cofanes utilizaban al águila harpía; la pantera negra era usada por los tetetes, y la temible anaconda por los secoyas.

El primer cuento encontrado en la vasija y difundido como mandato hace referencia al cuidado, protección y respeto por la tierra, que brinda los alimentos necesarios para la vida en armonía con las plantas, los animales y las aves multicolores; estos deben ser cuidados y protegidos como un verdadero tesoro. El anciano Roco difunde que nadie debe cazar más de lo necesario para subsistir, y tampoco se debe recolectar los frutos de los árboles en tal cantidad que, por no poder consumirlo, termine dañándose. Señala también que todos los asentamientos amazónicos son estrictamente nómadas y no pueden permanecer más de un año en un solo lugar, este mecanismo permite que la tierra, que brinda la alimentación y la medicina para quienes la habitan, pueda recuperarse y restaurarse en menos de un año.

El mismo día y a la misma hora, en una gran asamblea, cada uno de los ancianos reúne a los habitantes de sus

localidades y les hacen conocer uno por uno los mandatos que deben aplicarse desde ahora en adelante.

Los jóvenes, desde los 20 hasta los 25 años, son los encargados de encabezar la limpieza y construcción de los senderos que permiten una comunicación más rápida entre los territorios de las diferentes nacionalidades. Los menores de 20 años se encargan de conseguir los alimentos necesarios para emprender la travesía, las mujeres son responsables de preparar la comida, cuidar a los menores y recolectar las semillas y plantas medicinales para procesarlas en esencias curativas.

## **CAPÍTULO I**

Mientras el grupo cofán, liderado por el anciano Roco, adelantaba el trabajo del sendero desde el río Aguarico con rumbo al río Napo, a los dos días de emprender el sendero, divisaron un grupo de monstruos hasta el momento desconocidos por ellos. Para no llamar su atención, decidieron esconderse entre los árboles y observarlos a una prudencial distancia. Para el asombro de todos, se dan cuenta que estos monstruos estaban realizando un hoyo muy profundo en la tierra; luego introdujeron en el hoyo una piedra cilíndrica con una mecha larga y seguidamente la hicieron explotar, el sonido fue tan fuerte que la tierra tembló, inmediatamente y sigilosos retornaron corriendo a la aldea para dar aviso de la presencia de estos personajes.

Los ancianos de la aldea compartieron la mala noticia con su mensajera, a quien le pidieron que avisara lo más

rápido posible a todos los cofanes para mantener una gran asamblea y decidir qué hacer con los intrusos que habían llegado al bosque y que estaban matando a la tierra con esas explosiones. El águila alzó el vuelo y luego de tres horas estaban todos ya reunidos, luego de escuchar el relato de lo que observaron en el bosque, el anciano Roco, líder de los cofanes, transmite a su gente el siguiente mensaje: «Llegó el día que nunca quería que llegara, nuestro territorio está siendo apuñalado por monstruos llenos de ambición y codicia. Si no actuamos pronto, nuestra Madre Tierra, nuestra Pacha Mama morirá», y continuó hablando: «Preparen todas sus lanzas, hoy en la madrugada rodearemos a los intrusos y los traeremos a la comarca para que pidan perdón por lo que están haciendo a nuestra madre, luego decidiremos qué hacer con ellos. Debemos actuar con mucha cautela... Orienten muy bien a las águilas y las panteras amaestradas, tomaremos por sorpresa a los intrusos y esto quedará escrito en una pieza hecha de barro».

A la media noche, luego de ingerir su bebida milenaria, salieron de la comarca sigilosamente y, como fantasmas, los jóvenes, adultos y el anciano se dirigieron al sitio donde se conocía que estaban los intrusos, era ya la madrugada y, al acercarse, observaron con mucha indignación que había una gran destrucción del bosque. Habían instalado un campamento en la selva, árboles milenarios habían sido derribados por los intrusos. Observaron también unas cabinas y carpas en medio del claro de la selva, poco a poco rodearon el sitio y tomaron por asalto el lugar; cuando los intrusos quisieron reaccionar para ponerse a buen recaudo, ya era demasiado tarde: todos estaban siendo apuntados con una lanza.



De uno en uno fueron sacados de las carpas y conducidos hacia un lugar despejado. Una vez controlado el campamento, el anciano Roco —que minutos antes había untado sus manos con la sustancia rojiza que aún emanaba de uno de los árboles derribados— realizó un juramento y pidió a sus dioses y espíritus sabiduría para actuar. Acto seguido pidió a unos jóvenes que sacaran todas las pertenencias encontradas en el campamento y que todo ese material fuera trasladado al centro de la aldea, junto con los intrusos. Finalmente, el anciano ordenó destruir el campamento. Luego de dos horas empezaron el viaje de retorno. En total eran 19 los intrusos que fueron llevados hasta el centro de la aldea, entre ellos una mujer rubia.

En medio del silencio del amanecer, cayó una torrencial lluvia, los jóvenes guerreros hablaban en su idioma ancestral mientras los intrusos no decían ni una sola palabra, solo caminaban tambaleándose en total silencio. El recorrido fue largo ya que los extraños personajes no tenían la habilidad para moverse en el suelo resbaladizo.

Mientras se adecuaba el sitio donde conducirían a los intrusos, se originó en la aldea un gran alboroto y confusión, unos pedían que los quemaran vivos, otros decían que los lanzaran a una laguna llena de cocodrilos, y otros más pedían que simplemente fueran lanceados por los jóvenes guerreros. Mientras esto ocurría en la comarca, los intrusos comenzaron a percibir un ambiente de terror. La mayoría aún estaban en pijamas, el resto solo en calzoncillos; sus cuerpos mojados empezaron a tiritar de frío, mientras la mujer rubia sollozaba y, en su idioma, suplicaba que los dejaran libres para recoger sus cosas y retornar a su lugar de origen.

En medio del alboroto, el anciano Roco ordenó que los intrusos fueran primeramente interrogados para que respondieran la razón de su presencia en el lugar y para que explicaran la utilidad de las herramientas que cargaban y por qué explotaban con tanto ruido a la Madre Tierra. Mientras esto ocurría, mandó a uno de los guerreros acompañado de una pantera para que dé aviso a los ancianos de otros pueblos vecinos, y luego entre todos elegir el destino de los intrusos. Este mandato no fue bien recibido por algunos jóvenes que querían venganza.

Luego, el anciano Roco mandó a una de las mujeres de nombre Sharak a preparar una bebida, la cual se le haría beber a cada uno de los intrusos para que revelaran su permanencia en el sector. El jefe de los intrusos trataba inútilmente de explicar en su idioma y, con gestos de mano, en qué consistía la expedición, lo cual no era asimilado ni entendido por las personas cofán. Una palabra se pudo entender: petróleo. Al escuchar esta palabra, una de las panteras que custodiaba a un joven guerrero dio un feroz salto y se lanzó sobre el cuello del personaje que hablaba, arrojándolo al suelo, provocando el grito de la mujer rubia y el clamor de sus compañeros, inmediatamente el anciano le ordenó al joven guerrero que retirara a su mascota, que aún no era el momento para decidir qué harían con los intrusos. La pantera obedeció a su amo, pero ya había causado una herida profunda en el cuello del extraño.

Mientras esto ocurría en la comarca, el guerrero que salió a dar aviso a las otras aldeas se planteaba muchas interrogantes que confundían su cabeza a tal punto de sentir atracción por la mujer rubia que acompañaba al

grupo de forasteros, quienes a criterio suyo no debían ser asesinados.

Pasaron las horas y, luego de ingerir la bebida preparada por Sharak, cada uno de los intrusos relataba el motivo de su presencia en la selva, hacían entender que realizaban expediciones para encontrar petróleo y que si encontraban eso sería mucha riqueza para los amazónicos y gran progreso para el territorio, y que también les entregarían muchos regalos enviados por los gobiernos de los países de donde venían.

Con la información recibida, y con mucha indignación, el anciano Roco logró asimilar parcialmente la razón de los intrusos y, una vez que llegaron los otros ancianos, ya tenía una idea de cómo deberían actuar. Los ancianos se reunieron en privado para recibir la sabiduría de los espíritus del bosque que les ayudaría a tomar las decisiones más sabias que jamás se hubieran tomado en el universo. Las horas pasaban y los intrusos clamaban libertad, pedían que no les hicieran daño, que les dejaran retornar a sus respectivos lugares y que, a cambio, les dejarían todas sus pertenencias.

Luego de realizar un minucioso análisis sobre lo que pasaba, y encontrar consenso entre los jefes, el anciano Roco se dirigió primeramente a los intrusos indicándoles que no los iban a matar, pero que no deseaban sus pertenencias, y que a la madrugada del día siguiente serían conducidos por los jóvenes guerreros hasta orillas del río Napo para abordar una balsa que los llevara fuera del territorio.

Además, les ordenaron que llevaran un mensaje a sus pueblos y a todo el mundo: que no permitirán excursiones ni exploraciones en ninguna parte de la Amazonía. Que sus pueblos no permitirán que perforen la Madre Tierra para buscar petróleo, ya que los espíritus del bosque les habían revelado que la extracción de petróleo significaría la destrucción del bosque, la contaminación de ríos y del aire, que las plantas ya no les brindarían los frutos necesarios para la vida y que las miles de aves se mudarían de la zona. Por ello, debían saber que si algún día retornaban, serían arrojados a la laguna de los cocodrilos (y devorados por ellos).

Seguidamente, el anciano, para satisfacer en algo la ira de los jóvenes, ordenó que todos los intrusos fueran marcados en su cuerpo, para identificarlos en el futuro. Inmediatamente, los jóvenes guerreros colocaron sus lanzas en el fuego, a cada uno les fueron marcando el pecho o los brazos y el joven guerrero que sentía atracción por la mujer rubia decidió marcarla en el pecho.

Se quedó tan impactado por la hermosura de su cuerpo y la suavidad de sus pechos, que su mirada se clavó en aquella mujer. Ante el dolor de aquella rubia al sentir en su piel la punta caliente de la flecha, el joven trató de dibujarle una flor, pero fue interrumpido por el jefe de los guerreros ya que uno de sus compañeros estaba como hipnotizado.

A la madrugada siguiente, antes de iniciar la ruta con destino al río, se dieron cuenta de que el intruso que había sido atacado por la pantera estaba a punto de morir, sus heridas le provocaron una hemorragia y tenía fiebre muy

alta. Uno de sus compañeros le pidió al anciano Roco que les permitiera curar sus heridas y suministrarle medicina, pero a estas alturas su estado era muy grave. Con ayuda de unos jóvenes, improvisaron una camilla e iniciaron el recorrido rumbo al puerto.

Luego de unas cuatro horas de caminata, llegaron al río y, cuando se preparaban para el embarque en la balsa, se dieron cuenta de que el extranjero herido había muerto, esto provocó una gran tristeza a la mujer rubia, quien pidió que su compañero fuera enterrado en una zona segura donde sus restos algún día pudieran ser encontrados por sus familiares.

Para ese momento el joven guerrero atraído por la belleza de la mujer, había convencido secretamente a un primo que le proporcionara una quilla con remo. Sin ser visto por el resto de sus compañeros, el joven navegaría en esta quilla para brindarle algo de seguridad a la mujer.

El río Napo estaba muy crecido y era imposible acercarse tanto a la balsa donde navegaban los intrusos, pero más pudo el amor y la atracción que sentía por aquella mujer que el riesgo que corría si la quilla se volcaba por las tórridas aguas; sin importarle lo que pudiera pasar, siguió su destino.

Mientras tanto, en la aldea seguían las reuniones de los ancianos, quienes con mucha preocupación trataban de asimilar todo el acontecimiento, a tal punto de tomar nuevas decisiones que serían comunicadas a la brevedad posible a toda la región.

Mientras debatían estas decisiones, llegó la comisión de jóvenes que traslado a los intrusos hacia el río, seguidamente el anciano Roco llamó al jefe de los guerreros para que informe todo lo relacionado al viaje. En ese momento el anciano explotó en iras al enterarse de que un guerrero de su tribu había desertado y traicionado los principios fundamentales de custodia y respeto por la tierra, algo que no se perdonaba bajo ningún concepto y que debía ser castigado con todo el rigor de la justicia indígena.

La preocupación y la ira del anciano Roco inundaron de incertidumbre a los otros ancianos, quienes en consenso llegaron a una nueva decisión: ordenaron a su mensajera águila harpía y a la temible anaconda que encontraran al joven traidor. Esta decisión es transmitida a todos los habitantes de la zona, y se les informa que tanto el águila como la anaconda cumplirán la orden, si el águila lo encuentra primero le arrancará los ojos, y si la anaconda lo encuentra retornará con las dos piernas del joven traidor.

Además, se les comunica que en las semanas siguientes se deberán acelerar los trabajos en toda la región para construir varios senderos, y que estos serán patrullados cada semana para detectar cualquier presencia extraña en la zona. También se les recomienda que incluyan en todos los recorridos a las loras guacamayo y que se les entrene con mucha paciencia para que informen la presencia de intrusos.

## CAPÍTULO II

Luego de haber transcurrido una semana de expulsar a los intrusos, el anciano pidió que unos voluntarios fueran con él a la zona del campamento para evaluar los daños con mayor detalle. Cuando llegaron al sitio se llevaron una grata sorpresa difícil de asimilar: cientos de aves de todos los colores habían llegado hasta ese lugar y se organizaban para hacer pequeños huecos en toda la zona despejada, al acercarse un poco más se dieron cuenta de que las aves estaban colocando semillas de diferentes especies de plantas para reconstruir la zona afectada. Ante este acontecimiento, el anciano y sus acompañantes se llenaron de mucha alegría y trataron de hacer su parte, posteriormente las aves se dispersaron en la selva.

Al regreso encontraron pisadas frescas por donde habían llegado los intrusos y decidieron avanzar un poco, pero como no encontraron nada más, colocaron varias lanzas cruzadas en esa trocha y emprendieron su camino de regreso.

Antes de llegar a la aldea, uno de los jóvenes se acerca corriendo al anciano y le indica que ha retornado el águila trayendo un par de ojos que corresponden al joven que había acompañado al grupo de extraños, pero que la anaconda aún no ha retornado.

Pasan los días y los meses y ya se han construido varios senderos que conectan el río Napo al río Aguarico y también hasta la parte baja del río Putumayo y la parte alta del río San Miguel. Pero les preocupa que este trabajo no es suficiente, deben tener mayor control.

Los ancianos perciben una amenaza eminente y se organizan para iniciar la construcción de miradores que serán ubicados en lugares estratégicos, serán lo suficientemente altos como para estar por encima de los árboles. Esto permitirá observar desde lejos la presencia de intrusos, ya sea por tierra o por aire.

Su preocupación se convirtió en pesadilla cuando, en un recorrido de rutina por los senderos, observaron que un grupo de militares se acercaba a la aldea. Estos militares tenían la consigna de averiguar y encontrar al grupo de exploradores que buscaban petróleo en la zona pero que hasta el momento se desconocía su paradero. Como no llegaban noticias de ellos, el jefe de la Junta Militar del Ecuador había enviado varios pelotones para que los lograran encontrarlos.

A la brevedad posible, el anciano se dirige a su gente y comunica que únicamente él será quien brinde información a los militares. La reunión con el comandante se dio en secreto y duró unas dos horas, luego el anciano dispuso que un grupo de jóvenes se quedara construyendo los miradores utilizando los árboles más altos y otro grupo, encabezado por los ancianos, viajara hasta Quito para pedir al jefe de la Junta Militar que la Amazonía y el resto del territorio ecuatoriano se declare libre de extracción petrolera, ya que esta actividad provocaría en los gobernantes una codicia muy grande y el pueblo dejaría de producir la tierra, además la extracción de petróleo provocaría un endeudamiento incontrolable en el Estado, que luego sería imposible pagar.



La comisión de viajeros fue tan grande que, al llegar a Quito, llenaron las calles y la prensa local y extranjera —que hasta el momento conocían poco sobre la desaparición del grupo de exploradores— cubrieron ampliamente la llegada de esta comisión. Los principales medios impresos difundían fotos de los indígenas y dejaban grandes dudas sobre la desaparición de los extranjeros. Con el apoyo de varios colectivos, lograron entregar en Quito un documento al jefe de la Junta Militar quien, una vez de analizarlo, dispuso que se suspendan temporalmente todos los proyectos encaminados a la exploración de petróleo.

Luego de una semana, la comisión retorna a sus tierras y la primera noticia que recibe fue que el joven guerrero que acompañaba de cerca a los navegantes ha sido encontrado en la selva mientras era transportado por una enorme tortuga, y que además estaba completamente ciego —se había alimentado de las plantas y frutos que su olfato reconocía—.

El joven pidió que le devolvieran sus ojos y después, en tono alterado, dijo que seguramente la anaconda había recibido mal el mensaje, pues al alcanzar la embarcación que transportaba a los extranjeros se puso tan furiosa que protagonizó una lucha incontrolable, logrando volcar la embarcación; una vez que sus ocupantes cayeron al agua, les arrancó las piernas, y solamente la mujer logró escapar, mientras él observaba con impotencia desde su quilla el brutal ataque. Además explicó cómo el águila, en ese preciso momento, se había abalanzado sobre su rostro para arrancarle los ojos, sumiéndolo en la total oscuridad.

El anciano Roco ordenó que esta información se mantuviera en absoluto secreto y que quedara escrita en los restos de una pieza de barro. Dijo además que el joven debía ser conducido a una cabaña desde la que buscaría lo necesario para subsistir sin ayuda de nadie. «El muchacho logrará desarrollar otras habilidades y en cien días estará listo para recibir sus nuevos ojos», sentenció Roco.

En las siguientes semanas y meses, los cofanes fueron visitados por varias delegaciones de periodistas e historiadores nacionales y extranjeros para conocer de cerca la forma de vida de estos pueblos y también conocer de cerca la misteriosa desaparición de los exploradores de petróleo.

Para ese momento, las comunidades indígenas amazónicas ya estaban mejor organizadas y pedían a todos los visitantes, independientemente la función que cumplieran, que previo a solicitar u ofrecer cualquier información, debían ingerir una bebida especial, y si luego los indígenas percibían que los visitantes tenían intenciones que pudieran poner en riesgo sus propias costumbres, inmediatamente serían expulsados de la zona y no se les brindaría ningún dato.

Con este método descubrieron muchas informaciones falsas, y también muchas personas que tenían intereses ocultos, a tal punto de endurecer las reglas de vida de los habitantes de las diferentes comunidades y de incrementar el castigo para los traidores. Pero también lograron identificar gran cantidad de personas e instituciones que apoyaron desinteresadamente sus iniciativas y lograron incidir para que los gobiernos de turno les permitieran vivir sus propias costumbres y, posteriormente, no permitir la extracción de petróleo en el Ecuador.



Los medios de comunicación realizaron grandes coberturas y, con el pasar de los años, las comunidades amazónicas recibieron muchas visitas de personas de otros países, que se quedaban maravilladas al observar una gran armonía y un sistema de vida estrechamente relacionado entre los indígenas, los animales, las plantas y los ríos, pero lo que más les atraía era la cantidad de aves de diferentes colores que alegran la vida del bosque. Se escribieron múltiples artículos para revistas y libros sobre estas aves y sobre las formas de vida de estos pueblos, que posteriormente fueron traducidos a diferentes idiomas.

Era el año 1969 y el anciano Roco pensaba que su pueblo era consciente de los grandes beneficios que brinda la Pachamama. Entonces creó una nueva comisión para pedir en Quito que, por decreto presidencial, no se permitiera extraer petróleo en el Ecuador. Organizan la caminata y cientos de hombres y mujeres, acompañados de periodistas y aliados, se enrumban a la ciudad Capital para pedir una vez más al presidente que declare al Ecuador libre de petróleo, esta comisión es recibida por varias organizaciones, pero lo que llama la atención es que también se han sumado a la iniciativa varias comunidades indígenas y campesinas de la península de Santa Elena.

Ya en Quito, son recibidos por el presidente José María Velasco Ibarra, quien luego de escucharlos emite un decreto para suspender por cuatro años todo proyecto sobre extracción de petróleo, este decreto tampoco deja tranquilos a los caminantes y el anciano Roco cae en una depresión muy profunda, para colmo de males ha pescado un paludismo y su salud se complica. Ante este acontecimiento, el anciano pide ser trasladado a su lugar de

origen y agrega que, en caso de morir, quiere ser enterrado junto al árbol de ceibo más alto de la selva amazónica. Los medios de comunicación realizan grandes coberturas y los indígenas aceleran su viaje de retorno, en la madrugada del día siguiente, a la altura de Baeza, muere Roco. Sus restos son trasladados a su aldea para la gran velación acompañada de ritos y cánticos, y una gran cantidad de medios de comunicación realizan la cobertura, posteriormente lo llevan hacia el ceibo más alto para enterrarlo.

En este ceibo, los indígenas deciden construir el mirador más alto de todos y cuando empiezan a excavar encuentran una vasija de barro que esconde gran cantidad de piedras preciosas y recortes de piezas de barro con impresiones que narran la historia de un mundo desconocido de saberes ancestrales y medicinales, la ciencia viva de recetas milenarias que permiten vivir sin enfermarse.

Gracias a este acontecimiento, más la presión de varias organizaciones y colectivos del país, el presidente Jaime Roldós Aguilera, en 1980, decreta que en el Ecuador no se extraerá petróleo. Esto produjo gran algarabía en todo el país, y de forma simultánea se concentraron miles de personas alrededor del tronco del ceibo donde están enterrados los restos del anciano Roco.

Como por arte de magia, una enorme anaconda cruza cerca del árbol y se dirige a una inmensa cueva. Algunos la siguen y se percatan de que al fondo de la cueva se encuentran los restos de las piernas de 16 personas. Con este hallazgo queda resuelto el misterio de la desaparición de los extranjeros que buscaban petróleo.

## Mención de honor

por: Diana Vasco

# Una loca idea

¿Has escuchado que el humano siempre se termina adaptando a las condiciones, a pesar de lo duras que puedan parecer? Pues, el Ecuador es la muestra de ello, y yo te voy a contar cómo pasó de ser un país normal a ser el país más rápido y con más animales del mundo. Pero primero, me presento, mi nombre es Yumi, que en shuar significa *lluvia*, soy una mona araña de cabeza marrón; vivo en la provincia de Esmeraldas; me encanta la frutita y mis brazos son largos, como las cascadas.

A ver, todo comenzó en 1928 cuando una empresa vino al Ecuador a buscar petróleo, buscó y buscó, pero no encontró nada. El Ecuador, por su parte, siguió rebuscando en muchas zonas, pero, definitivamente, no había ni una sola gota. El país se puso muy triste, porque pensaba que el petróleo simbolizaba poder y riqueza (pero todos sabemos que esas son puras mentiras; yo, como una monita, les quiero recordar que lo que para unos puede generar riqueza y poder, para otros como nosotros genera dolor y desgracia). Además, al no tener petróleo, el país estaba

forzado a comprarlo a otros países, pero «desafortunadamente...» jijiji... la billetera del país se había quedado muy vacía, porque habían gastado mucho dinero en buscar petróleo.

Pasaron los meses y el Ecuador estaba desesperado porque tenía deudas y a la vez necesitaba combustible para los distintos transportes y maquinarias. Así que, convocaron a una gran reunión, en la cual se invitó a cinco niños, cinco adultos jóvenes y cinco adultos mayores de cada provincia, la idea de esa reunión era que todos pudieran aportar ideas para poder salir de las deudas y, a la vez, trasportarse.

Todos lanzaban ideas, unas muy malas y otras no tanto, un señor dijo «vendamos parte del país y con eso cubrimos todas las deudas»; una abuelita dijo «exportemos encebollado a otros países, nadie se resiste a buen encebollado»; una señora sugirió que lo mejor sería pedir prestado dinero a otras naciones. Y así, pasaron las horas, muchas personas seguían lanzando ideas, hasta que un niño tomó la palabra y dijo «pues si no tenemos para pagar combustible, lo más simple sería solo caminar o correr. De esa manera, ahorraríamos mucho dinero, y además esos señores con máquinas dejarían de destruir mi ciudad». Ese niño se llamaba Antonio, y era del Tena. Todos se rieron del él, porque creían que movilizarse sin autos era imposible. Sin embargo, el presidente fue el único que no se rio del niño, porque aunque esa idea sonaba bastante loca, era una idea en la que no se tendría que invertir dinero, ni se perdería territorio, ni quedarían más endeudados. El presidente hizo pasar al niño adelante, y dijo «¿No entiendo por qué se ríen de esta idea? Si es la única que no dejaría mal al país».



Todos se quedaron en silencio y con caras de susto; nadie entendía cómo iban a hacer eso... Pero a pesar de las críticas, el presidente le pidió a Antonio, que en ese entonces tenía 11 años, ayuda para desarrollar el proyecto. Y después de algunos días, el plan estaba listo. Escribieron seis mandatos principales que dieron un giro total al Ecuador:

1. Se prohíbe el uso de combustibles fósiles.
2. Las personas deberán movilizarse a través de caminatas, nado, bicicleta, o cual cualquier medio que no use combustibles.
3. Las escuelas deberán impartir más horas de deporte, para mejorar la condición física de los estudiantes, y por ende la de los ciudadanos.
4. Se venderá a otros países los vehículos que usen combustibles.
5. Las ciudades que han sufrido daños por la búsqueda de petróleo serán reparadas en su totalidad y se incentivará su protección.
6. Las comunidades indígenas afectadas por el intento de extracción de petróleo serán indemnizadas y se les dará una especial protección, para que ninguna empresa, ni ningún gobierno vuelvan a dañar sus territorios.

Al principio, las personas estaban muy molestas, «¿cómo van a hacer caso a un niño?», «¿por qué tenemos que pagar nosotros los problemas del Estado?», «¡sin carro no se puede hacer nada! », «¿no ven que los países avanzados están usando petróleo?». Sin embargo, las decisiones ya estaban tomadas...

Pero bueno, después de darte esta introducción, ahora sí te voy a contar cómo nos volvimos el país más rápido y con más animales del mundo.

En los primeros años, todas las personas llegaban tarde a todos los lugares; la gente llegaba cansada y sudada, algunas personas hasta se fueron a vivir a otros países porque sentían que la vida sin transportes a motor era agotadora. Sin embargo, con el pasar del tiempo, las personas se iban volviendo más rápidas. Por ejemplo: si inicialmente llegar al trabajo les había tomado una hora en bicicleta, después ya solo les tomaba 35 minutos. O si antes les tomaba 40 minutos caminar a la escuela, después ya solo eran 25. Y así, en todas las actividades.

Los colegios, al ver que sus alumnos y alumnas se habían vuelto más ágiles, los empezaron a motivar mucho y los comenzaron a preparar para que varios jóvenes pudieran competir a nivel profesional en las áreas de atletismo, natación, marcha y ciclismo, que era donde más destacaban. ¿Se acuerdan de Antonio, el niño que tuvo la gran idea? Pues él se había convertido ya en un joven y en uno muy rápido, por cierto. A Antonio le gustaba mucho el atletismo y su sueño era llegar a los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936, pero no era el único, ya que el deporte se había convertido en algo tan fundamental en el país, que por lo menos 6 de cada 10 jóvenes tenían el mismo sueño.

Los meses pasaron y el país completo estaba ansioso de que sus jóvenes pudieran llegar a los Juegos Olímpicos, y al final, lograron clasificar 48 deportistas —¡48 deportistas!—. Jamás en la historia del Ecuador había pasado eso. Toda la gente bailaba, gritaba y hasta lloraba de emoción. Y para festejar ese triunfo, hicieron una caminata de cele-



bración, ya que todo era gracias a que habían dejado de usar vehículos a motor. Y obviamente, Antonio encabezaba la caminata, ya que él fue el de la idea, y además había logrado clasificar para las olimpiadas. Ese día fue uno de los más felices para los ecuatorianos.

Después de varios meses, por fin llegó la competencia. El Ecuador fue la sorpresa para todo el mundo, porque de los 48 deportistas ecuatorianos, 22 obtuvieron medallas, 12 de oro, 7 de plata y 3 de bronce. Pero lo que más llamó la atención fue que, en distintas categorías de atletismo, se rompieron récords. Lo que hizo que varios medios de comunicación de distintos países comenzaran a hablar del Ecuador como “la nación más rápida del mundo”. Nombre por el cual el país se volvió bastante conocido.

Meses después de acabarse las Olimpiadas, vinieron investigadores de diferentes países a estudiar a los ecuatorianos y el porqué de su agilidad. Y tras varios estudios, descubrieron que, después de años de no usar vehículos motorizados, sus cuerpos se habían adaptado a recorrer distancias muy largas, lo que efectivamente reafirmaba lo de “la nación más rápida del mundo”. Los ecuatorianos se sentían demasiado orgullosos de ese reconocimiento, tanto que después se decidió eliminar las pocas carreteras para automóviles que quedaban, y las convirtieron en senderos para caminar y hacer diferentes deportes.

Lo que no se imaginaban es que, en la Amazonía, al haber solo senderos, la naturaleza comenzó a crecer y crecer tanto que, muchos amigos y familiares míos, como monos, nutrias, capibaras, insectos, serpientes, etc., comenzaron a tener más espacio para sus familias; y aunque al principio, las personas se impresionaron al ver tantos

animales, después se dieron cuenta que podían convivir unos con otros. Fue tanto el crecimiento de la naturaleza que, actualmente, en la Amazonía ecuatoriana contamos con la mayor diversidad de fauna y flora del mundo, y si bien nuestro país no es el más grande, sí es el país que más espacio ha dado a la naturaleza. Pero eso no es todo, porque desde hace 10 años, países que son potencias mundiales tienen convenios con el Ecuador, para que pueda albergar a ciertos animales, que están en peligro de extinción, ya que nuestro país se volvió como una especie de paraíso de la conservación. Eso sí, esos animales tienen sus espacios apartados de nosotros, para que no afecten nuestro ecosistema, y cuando ya se han recuperado y están en menos riesgo, vuelven a sus países. Obviamente, esto es un trabajo que se hace en conjunto con las diferentes comunidades indígenas, porque ellos son los que más saben de amor y cuidado de la naturaleza.

Quién habría dicho que el no haber encontrado petróleo hace 50 años y la idea de un niño nos colocarían como las personas más rápidas del mundo, incluso actualmente, porque aún no hay quien nos supere. Y más importante: que lo que una vez fue desventaja, hoy nos permite ser una potencia mundial de la naturaleza y la conservación. Por eso amiguitos, si alguna vez se sienten tristes por algo que no pasó, o que no salió como ustedes pensaban, piensen que realmente podría ser una de las mejores cosas que les pudo haber pasado. Y como les dije al principio, ustedes los humanos, tienen esa capacidad de adaptarse a todas las circunstancias. Y, finalmente, recuerden que todos pueden ser Antonio, porque ser niños y dar ideas «locas» puede salvar al mundo.

# La fábrica de invenciones

Transcurría la ola de la petroindustrialización y a nivel mundial se vivía un furor descontrolado por la adquisición de petróleo, pues se había convertido en el motor que movilizaba toda una nueva era. Pese a que había sido descubierto hace apenas unos años, no tardó en escasear y la necesidad de hacerse con este recurso llevó a los grandes países a recorrer el mundo, incluso los lugares más recónditos. Conforme avanzaba la producción a gran escala, más era la necesidad de materia prima, y las grandes potencias precisaban de más petróleo, es así que caían cegadas al brillo de la riqueza y el poder de aquel líquido negruzco y oloroso, este fenómeno fue denominado por los científicos como la *fiebre del oro negro*; dicha enfermedad producía alucinaciones a quienes tenían contacto con esta sustancia y experimentaban una necesidad insaciable por tener más y más petróleo en su poder. La fiebre por el oro negro era tal, que varias fueron las expediciones que se realizaron en búsqueda de nuevos yacimientos en zonas vírgenes. La expedición más recordada y la que marcaría un hito mundial fue Petro-INN, esta expedición tenía como objetivo recorrer América Latina de cabo a rabo, desde las selvas a los montes, desde los nevados

hasta los mares, inclusive los subsuelos y las marismas. Todo lugar, por más pequeño que fuese, tenía que ser sondeado y registrado.

Y así fue: en menos de un año, los expedicionarios lograron abastecer a los grandes países de cientos de nuevos yacimientos, pero así mismo, estos no tardaron en agotarse. Para ese entonces, la única expedición aún en marcha era Petro-INN, que después de unas cuantas travesías fallidas, logró dar con una ruta de yacimientos y así hacerse con nuevas refinerías. La ruta fue bautizada como *ruta de oro*. Las cartas de exploraciones anteriores registraban lugares incomunicados, territorios con mínima descripción y las bitácoras mencionaban «nada de interés-ya explorados», sin embargo, los rumores decían que se registraron territorios con calidad de tierra excepcional, ricas en minerales. La ruta marcada iba desde el extremo meridional de América del Sur, en avanzada trazando sub rutas diagonales, que convergían en el extremo noroeste. En ese punto, las bitácoras de expedición eran escasas y con poca información. Guiados por las cartas, los exploradores sondearon esos territorios y descubrieron que en casi todos ellos había petróleo. La expedición estaba por culminar y la última parada era el punto de convergencia, el pequeño país que cambiaría para siempre la marcha del mundo y traería consigo una posible cura a la fiebre del oro negro.

Érase una vez un país muy pequeño, pero muy pequeño, tan pequeño, que era el ombligo del mundo. Su existencia a los ojos del voraz mundo petroindustrializado era casi nula, pues mantenían escaso contacto comercial con los grandes países, tenían leyes muy estrictas de protección a la naturaleza y de admisión al país. Cuentan que nació de



entre máquinas obsoletas y del desierto moribundo que se instaló en el origen de cuatro manos y veinte dedos, y que la primera idea fue sembrar una semilla tras otra y otra, y así dibujar de colores la planicie de granito y carbón. Con el tiempo, haciendo honor a su origen, las ideas se volvieron fundamentales, todos en el pequeño país se detenían para resolver los más difíciles problemas. Las ideas se transformaron en la piedra angular del enigmático país, pues las ideas eran más grandes que su geografía y la imaginación de sus habitantes no cabía entre sus líneas imaginarias. Las ideas flotaban por los aires y algunas volaban lejos hacia lugares más y más altos, y donde se instalaban crecía una nueva rosa, los vientos soplaban, los ríos se abrían entre las grietas secas, y los animales se confortaban.

Los pocos que se aventuraban a explorar este país, nunca más regresaban a su hogar, porque luego de conocerlo, decidían quedarse a vivir allí para siempre. Decían que era un lugar congelado en el tiempo, un lugar distinto a otros, donde las cosas funcionaban de forma imposible e inimaginable y sus habitantes eran seres extraños y místicos. Decían que producían el cacao más aromático, los mariscos más grandes, los vegetales más frescos y la carne más deliciosa. Pero también decían que este pequeño país guardaba grandes secretos... poca era la información que se tenía sobre los procesos y herramientas que sus habitantes utilizaban para obtener productos de alta calidad, además, su poco contacto e intercambio comercial con los países vecinos lo convertían en un lugar casi inaccesible, en un verdadero enigma. Desde que se obtuvieron los primeros indicios de este místico lugar, varias fueron las expediciones que se emprendieron en pos de develar sus arcanos. Pero ninguna lo logró, hasta que llegó Petro-INN.



La noticia sobre la llegada de la expedición no tardó en llegar a oídos de todos los habitantes del pequeño país. Los rumores decían que Petro-INN había logrado el acercamiento diplomático con un discurso persuasivo y esperanzador sobre desarrollo y progreso. En cuestión de días, todos estaban preparados para la visita de los foráneos. Las comunidades de las regiones reactivaron las comisiones de bienvenida, su principal función era guiar y enseñar a los foráneos las maravillas del país, pero solo aquellos lugares que fueran permitidos dentro de los límites, pues en el pequeño país regía una ley de protección y cuidado de los lugares donde funcionaban las Fábricas de Invencciones, o FDI, que, como su nombre lo indicaba, eran fábricas de ideas. Estas funcionaban en misteriosos bloques de color sepia y tenían la particularidad de que no exigían horarios fijos de trabajo. Existían cuatro fábricas en el pequeño país, estaban distribuidas por regiones: Costa, Sierra, Amazonía y Galápagos, y solo quienes habitaban en dichas regiones tenían acceso a las fábricas, sin distinción alguna.

Regresando al suceso... el entusiasmo era tal, que el día en que inició la expedición Petro-INN, la noticia fue transmitida a nivel internacional por todas las estaciones de radio. Anunciaban la llegada de los expedicionarios al último de sus destinos: «Esta será la expedición que traerá el desarrollo y el progreso al pequeño país», decía el locutor al otro lado de la radio de Jorge, un niño de diez años de una de las comunidades pesqueras de Ancón.

*Desarrollo y progreso*, repetía Jorge para sí mismo, mientras servía un poco de licor de cacao a su padre, don Tulio, quien, en medio de un tumulto de gente que se acomodaba



ba a su alrededor, discutía respecto a la llegada de la expedición: «No creo que esos gringos eternados encuentren algo en nuestras tierras», decía con un gesto de certeza irrefutable. «Dicen que tienen los permisos para entrar a las FDI y empezarán por la de aquí», intervino José, quien trabajaba en una hacienda cacaotera cerca de la zona.

La mañana no tardó en llegar y Ancón se vistió de pompas y algarabía para el recibimiento. La gente salía rumbo al gran suceso con curiosidad e incredulidad, Jorge y su padre ya se encontraban en el lugar, junto al comité de bienvenida, formando un pasillo de honor entorno al grupo de foráneos, quienes caminaban, sonreían y saludaban al unísono, semejando autómatas de pasarela. «Hoy estamos convocados para presenciar la primera perforación petrolera en el pequeño país, acto que marca el inicio de la era del desarrollo y progreso», proclamaba el representante del grupo de eternados, los aplausos y vítores no tardaron en sonar y dar cierre al acto inaugural, para dar paso al plato fuerte del menú del día: la perforación.

El comité de bienvenida develo el armatoste junto a un trabajador que estaba listo para poner en marcha el aparato. Un gran estruendo empezó a resonar, la broca sujeta a una torre de gran tamaño empezó a girar y a abrirse paso en el suelo hasta las entrañas de la tierra, para al fin obtener el «oro negro».

Así pasaron tres meses, entre el repiqueteo de las olas del mar y los rumores del fin de la perforación. Jorge y su padre salían como de costumbre a trabajar en la pesca, cuando pasaron por las cercanías de la FDI, los trabajadores estaban en huelga de hambre y no pensaban mover

ni un dedo. La maquinaria se había detenido por falta de gasolina y el tiempo estimado de trabajo había culminado, por lo que los trabajadores exigían ser pagados. No esperarían al reabastecimiento de gasolina ya que implicaba días extras en los que tardarían en traer el cargamento desde el extranjero. El suceso llegó a oídos de los pobladores, quienes conmovidos por los trabajadores, decidieron ayudar. Don Tulio fue delegado por su comunidad para ayudar a poner la maquinaria en marcha, para que así los trabajadores terminaran su labor y los foráneos retornaran a su país.

Mientras tanto, los habitantes se encargarían de persuadir a los trabajadores de comer y beber algo, fungiendo el rol de elemento distractor. Ese mismo día, con mapa en mano, Don Tulio y Jorge se escabulleron hacia una plantación que aparentaba ser de cacao. Décadas atrás, cuando el pequeño país se instauró bajo el régimen de las ideas, surgieron las FDI, y con ello la curiosidad del mundo exterior, por lo que el gobierno fundó las comisiones de bienvenida y las leyes de protección. Crearon laberintos de cacao alrededor de cada una de las fábricas con el fin de limitar la movilidad a todos aquellos foráneos que visitaran el pequeño país, llenos de curiosidad. Los habitantes y, en especial las comisiones, tenían mapas con la ubicación exacta de la entrada al laberinto y su trayecto para acceder a la FDI de cada región. Don Tulio, como miembro activo de la comisión, conocía el recorrido como la palma de su mano; en cuestión de minutos, ya tenían lo necesario para ayudar a los foráneos. Cuando estaban por salir del laberinto de cacao, no se percataron de que estaban siendo observados por uno de los enterados, quien con detalle apuntaba en una libreta el lugar por el que se habían escabullido.



El calor del sol intensificaba la sed y el hambre de los trabajadores. Entre las alucinaciones y la pérdida del sentido del tiempo, finalmente cedieron a los manjares que los habitantes les ofrecían, creyendo que habían pasado semanas en huelga. Aprovechando la situación, Don Tulio entregó a Jorge el garrafón que tendría que verter en la maquinaria. Jorge, a hurtadillas, se aproximó a la gran torre y cumplió su cometido. En cuestión de minutos, el rugido metálico nuevamente se empezó a oír y los trabajadores reanudaron su labor, confiados en que, como resultado de la huelga, la gasolina llegaría en menos tiempo de lo estimado. Pasaron pocas horas y la perforación se detuvo. Para sorpresa de casi todos, los esfuerzos realizados habían sido vanos, no existía rastro alguno de la sustancia negruzca. El grupo de eternados y el comité de bienvenida llegaron al lugar a corroborar el suceso. Los foráneos no se explicaban cómo, sin gasolina, los trabajadores habían logrado poner la maquinaria nuevamente en marcha, y por qué, pese a todas las señales de existencia de petróleo, no se encontrara nada. Estaban impactados, pero no quisieron indagar más, esperaban volver con los permisos necesarios para buscar más allá de los límites permitidos. Sin embargo, el enternado que antes había observado a don Tulio y a Jorge no se quedó convencido y decidió extender su estadía en el pequeño país.

Semanas después, Ancón retomaba su ritmo habitual de vida entre la brisa marina y el olor del cacao. El enternado se ganó el cariño y la confianza de los habitantes del pueblo, el antes foráneo pasó a ser uno de los tantos habitantes

que llegaban al pequeño país y se quedaban para siempre, esto significaba que adquiriría nuevos derechos.

Una tarde, el eternado recibió una misiva del gobierno del pequeño país, donde se le otorgaba su residencia permanente y la libre circulación. Apenas supo la noticia, tomó su maleta y su libreta de apuntes, y se encaminó al extraño lugar del que había visto salir a don Tulio y a su hijo. Una vez allí, frente a la entrada del laberinto de cacao tomó una cuerda de su maleta, ató un extremo a un árbol y el otro a su cintura, y se adentró a lo incierto. Habrán pasado horas hasta que al fin consiguió dar con la salida y ver ante sí una colosal fábrica, la estructura no se parecía en nada a las fábricas de su país, estaba hecha de caña de azúcar con olor a cacao. Encontró una puerta de acceso y con mucho sigilo decidió entrar. Una vez allí, todas las cosas que decían del pequeño país sobre sus misterios y secretos ocultos, se revelaban ante él. Sus piernas no respondían y sus ojos no parpadeaban, no quería perderse ni un instante todas las maravillas de aquel lugar, el eternado se paseaba entre hileras e hileras de invenciones con etiquetas que describían el nombre, función e inventor, y adjunto a cada invento, un manual y guía de uso.

La primera hilera estaba precedida por un cartel colgado en la parte superior, que decía *Sección A / Invenciones de cacao*, la primera máquina con la que se topó llevaba el nombre de *cacaolector*, estaba compuesta por una serie de engranajes de semilla de cacao, un gran tubo de cáscara del mismo fruto y una palanca tubular de cáñamo; según el manual, su función era recolectar cacao de grandes alturas y separar la cáscara del resto del fruto.



Las invenciones iban desde pequeñas máquinas que facilitaban labores de limpieza, como la *cañacoba*, hasta grandes máquinas de energía como la *enermar*, que tomaba la fuerza del oleaje para generar electricidad, o la *cañaento*, que utilizaba las grandes corrientes de aire para impulsar el sistema de riego en los campos. Sin duda, el enternado estaba muy impresionado de todos los inventos que los pobladores habían creado, pero lo que aún no entendía era cómo habían logrado hacer funcionar la perforadora aquel día y, más aún, cómo funcionaban todas aquellas invenciones sin gasolina, sin petróleo.

Después de recorrer todas las secciones, hasta la z, notó que había un lugar en lo alto que no había indagado. Subió por unas largas escaleras que daban a una habitación apartada, y al entrar, en el centro del cuarto, se encontró con una pequeña vitrina que tenía una inscripción que decía la *esencial*, era un pequeño frasco que contenía un líquido negruzco. *Petróleo*, dijo para sí mismo el enternado. «No», respondió una voz a su espalda. Era don Tulio, que se había percatado de que alguien lo observaba el día en que la perforadora se detuvo, sabía que se trataba de uno de los enternados, y por eso, nunca perdió de vista al hombrecillo de traje negro y lentes de fondo de botella. «Ahora que sabes lo que guarda una fábrica de invenciones, debes ver los maravillosos efectos que tienen en nuestras vidas», le dijo don Tulio al enternado, mientras salían de aquel increíble lugar para adentrarse a lugares aún más sorprendentes.

La ruta era delimitada para los visitantes y foráneos que llegaban a conocer el pequeño país, solo podían recorrer lugares turísticos y de relajación. Lo que veían en el trans-

curso eran edificios comunes y casas de caña o de ladrillo, en resumen veían un país subdesarrollado. Pero, eso solo era una fachada, una imagen que debían mantener para no ser descubiertos. Don Tulio llevó al enternado más allá del límite. El pequeño país funcionaba con dos tipos de rutas: las primeras eran de recorrido exterior, utilizadas por las comisiones de bienvenida que guiaban a los foráneos. Las segundas conectaban con el centro de cada región, y eran exclusivas para las personas locales.

Al llegar a la zona centro, el enternado vio ante sí alzarse grandes edificios interconectados por puentes, carreteras que parecían levitar en el aire y autos increíbles que solo podían ser el producto de un sueño. Las ciudades eran automatizadas, tenían el agua potable más pura extraída directamente de los nevados, electricidad las 24 horas del día gracias a panales hechos de cacao que recolectaban luz solar, tenían carreteras de alta calidad asfaltadas con *cacaotil*, un material viscoso y resistente derivado del cacao y la mezcla con el cáñamo.

Los autos funcionaban por impulso solar y otros por la *esencial*. «Aún no comprendo cómo han logrado todo esto sin petróleo», dijo el enternado, confundido al haber visto las invenciones y ahora las grandes ciudades automatizadas. «Lo que viste en aquel pequeño frasco no es petróleo, es una mezcla de aceites vegetales y animales a la que llamamos la esencial» replicó don Tulio, el enternado quedó desconcertado pues no podía imaginar cómo todo podía funcionar sin «oro negro». «Aunque parece que hemos descubierto la *esencial*, es ella la que nos ha descubierto a nosotros. Descubrimos que somos un país



rico, no en petróleo, como lo has visto, sino en invenciones», dijo don Tulio.

Tiempo después de que el enternado descubriera los misterios del pequeño país, retornó a su lugar de origen y se dedicó a escribir libros completos con todos los hallazgos que descubrió en su travesía, incluido un apartado especial sobre la posible cura para la «fiebre del oro negro». El mundo por vez primera conocería cuán grande puede llegar a ser un país tan pequeño gracias a su particular forma de ver el mundo. Todos conocerían ese pequeño país llamado Ecuador.





LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO



# Reconocimientos



## Reconocimiento

por: Katia Barrios

# El coan coan que nunca durmió



Fidel Aguinda cuenta que los coan coan son seres subterráneos; no son dioses, tampoco monstruos, son únicamente seres que habitan en Sudamérica, en una región conocida como Amazonía. Cuenta que los coan coan son solitarios, que se asientan sobre un territorio determinado para hacer de este espacio su casa. También cuenta que tienen un cuerpo físico que se cansa y necesita dormir. Cuando duermen, sus cuerpos se transforman en roca y su sangre en petróleo.

Lo que no nos había contado es que el más joven de los coan coan, en su búsqueda de un hogar y por la necesidad de escapar de la industria petrolera, llegó a las tierras del norte del Ecuador atraído por los cantos de la comunidad Cofán. Coan Coan, al haber tenido siempre una vida solitaria, se quedó maravillado con la calidez de esta gente. Era abril de 1960 cuando los cofanes iniciaban la fiesta anual de la chonta, una celebración de gratitud a la naturaleza por la producción de uwí o chonta; que es una palma, su madera les permite construir casas. En medio de risas, cantos y abrazos, los cofanes escuchaban el sonido del tambor que marcaba el ritmo del inicio del



baile guiado. Todos estaban eufóricos por la fiesta, menos uno: el chamán.

El chamán, que es la persona encargada de ser el intermediario entre el mundo sobrenatural y la comunidad, además de velar por la salud y el alma de su pueblo, se había percatado de que un ser extraño se había colado en su fiesta de la chonta. Cuidadosamente, se acercó a Coan Coan, quién al percibir los pasos del chamán disminuyó su enorme tamaño para que ambos quedaran a la misma altura. Coan Coan estaba nervioso, nunca había tenido un acercamiento con un ser diferente a los de su familia. Tembloroso, sonrió y asintió con su cabeza en señal de respeto por el chamán. Él, al advertir este gesto, le dijo: «soy yo quién debe sentir respeto por ti Coan Coan», y le preguntó:

—¿A qué se debe tu visita a nuestro pueblo?

—Estoy en busca de un hogar —respondió Coan Coan.

Gentilmente, el chamán le invitó a formar parte de la fiesta y los cantos. Coan Coan dejó de lado su timidez y gustoso bailó, cantó y, por primera vez, dejó de sentir que una vida solitaria era lo que estaba buscando.

Al terminar la celebración, Coan Coan no pudo dormir, su mente estaba llena de planes y nuevos deseos encontrados. Se dio cuenta de que había hallado una nueva familia y sentía muchas ganas de quedarse. El sol salió, los cofanes despertaron y los pájaros empezaron a cantar. El chamán fue en búsqueda de Coan Coan para agradecerle por su visita, a lo que Coan Coan le pidió quedarse.



Le dijo que él los cuidaría si los cofanes cuidaban de él.

—¿De qué manera podríamos cuidarte nosotros a ti? — preguntó el chamán.

—Mi familia está siendo destruida —empezó a contar Coan Coan— al dormir, nuestro cuerpo se hace duro como una roca y nuestra sangre se convierte en “oro negro”. Esa sangre ha despertado la codicia de muchos hombres y mujeres. Cuando nos la extraen mientras dormimos, nos debilitamos y no podemos volver a despertar. La extracción de petróleo, como ustedes lo conocen, trae consigo muerte de la naturaleza y muerte de mi familia.

El chamán sintió la necesidad de proteger a Coan Coan y de que él los protegiera. Por ello, llamó a una reunión a toda la comunidad para socializar esta idea, y juntos llegaron a la conclusión de que Coan Coan era parte importante de la naturaleza, por ello lo sentían como un integrante más de su familia y, si era parte de su familia, lo cuidarían. Los cofanes curiosos preguntaron a Coan Coan cómo podrían cuidarle mientras duerme. Coan Coan les respondió que él no tenía la necesidad de dormir mientras estuviera acompañado.

Coan Coan se quedó a vivir al norte del Ecuador y por alguna extraña razón nunca sintió la necesidad de dormir, era feliz acompañado de los cofanes, quienes se turnaban para acompañarlo por las noches. Coan Coan los aconsejaba, los escuchaba y les enseñaba cómo vivir en armonía con la naturaleza. Así, Coan Coan no durmió, su cuerpo no se convirtió jamás en piedra y su sangre nunca se convirtió en petróleo.

La comunidad Cofán fue próspera, nunca sus territorios fueron invadidos por empresas petroleras, porque nunca esa sangre coan coan fue encontrada. Así, este territorio se mantuvo verde, salvaje, lleno de vida y con muchos pueblos que respetan y agradecen a la naturaleza por los recursos.

Coan Coan aún habita en territorio cofán, les suministra alimentos y los cuida, habla muy seguido con el chamán, pero, sobre todo, se mantiene despierto para cuidar a su pueblo y la conexión del mundo de los seres humanos con la naturaleza.

# Distopías

Todo huele a caucho quemado. Hace frío y una espesa niebla impide la visión. La gente camina con prisa, como si fueran a perderse de algo importante. Después de algunos pasos, detienen su marcha para tomar aire y recuperar el aliento. Todos tienen la piel enrojecida y usan guantes gruesos. En una ciudad ruidosa se habla entre gritos. A pesar de ello, se escucha lo siguiente:

—Ya estoy harta de él, achís, achís, achís. No le soporto, achis, achis, achis. Solo verlo me produce náuseas, achís, achís, achís. —se queja una rubia oxigenada de piernas delgadas que a cada estornudo despeina sus cabellos en sortijados.

—Te entiendo perfectamente amiga, achis, achis, achis. Yo estaría igual que tú, achís, achís, achís. —contesta una mujer de complexión gruesa y labios finos, que a cada estornudo deja ver unos ridículos ojos chinos cargados de lágrimas.



Cerca de allí, otra mujer discute con su teléfono:

—Estás loco si piensas que con lo que me das cada mes me va a alcanzar, achís, achís, achís. Tienes que ponerte al día con los pagos, achís, achís, achís. —dice con rabia contenida.

Un vendedor, de aquellos de gran sonrisa, ofrece el beneficio de sus productos a una aburrida vieja que finge escucharlo. A cada estornudo despeina su grasienta cabellera, pero eso no le impide seguir sonriendo. Lo hace por compromiso. Es su trabajo: «¿Cuántas docenas quiere? achís, achís, achís», insiste.

Hay quienes, con alarde, anticipan un estornudo de grandes proporciones, pero cuando llega a suceder, el resultado es decepcionante, apenas audible, ridículo, un absurdo desgaste de energía. Otros, sin tanta promoción, estornudan a gritos; luego sus fluidos nasales, abundantes y gelatinosos, parecen vertientes. Nadie se disculpa, ¿por qué hacerlo si todos estornudan?

Todos estornudan. Los que caminan, los que conducen, los que vuelan, los que se arrastran; los viejos, los jóvenes, los lindos, los feos, los ricos, los pobres, los creyentes... que a cada serie de estornudos se persignan y claman a Dios. Los ateos, que a pesar de serlo dicen «Dios mío» después de un estornudo que apareció sin previo aviso. Estornudan las santas, las pecadoras, las que trabajan, las que no. Todos estornudan y lo hacen de forma vergonzosa, excepto ella. Sus estornudos contienen el nivel adecuado de tono y volumen. Parece música que llega a mis oídos acompañada de unos gestos sublimes, delicados.

—A ella le gustas. —dice un anciano que va todo desgarbado. Lleva un carrito de supermercado oxidado. Nunca lo he visto, pero parece confiable. Luego continúa hablándome—: Ella trata de llamar tu atención. Tan solo fíjate en la gracia con la que limpia sus emisiones; haría suspirar a cualquiera.

—¿Por qué estornudan? —Él ríe, cambia de dirección y dice con arrogancia—: ¿Dónde has vivido todo este tiempo? Solo mira a tu alrededor. No puedes ver a nadie más allá de diez metros. Todo apesta a caucho quemado. El agua tiene sabor a azufre. Estornudar se ha convertido en un mecanismo de defensa. Al principio era raro, pero de a poco nos acostumbramos, nos adaptamos... y algo más, ahora se ha convertido en una forma de comunicación... quién lo creyera. Ahora es un coqueteo que ojalá algún día llegues a coronar.

Se ríe con picardía y continúa:

—No hay nada más gracioso que verlos copular a fuerza de estornudos. ¡Fascinante! ¿No crees? —Y me mira fijamente con sus ojos inyectados de sangre.

—¿Cuándo empezó todo? —cuestiono.

—Fue un descubrimiento. —respondió, dándome las espaldas—. Los expertos lo dicen así. Se suponía que nos iba a hacer ricos. En realidad... lo somos, aunque... no podemos disfrutarlo...

Quienes viven de la confianza popular decían que el hambre desaparecería...



Entonces me quedo en silencio. Él suspira, camina con las manos entrecruzadas y me sigue hablando:

—Debajo del suelo hay una vertiente negra. Es verdad, enriquece, pero solo a pocos. El problema es que todo se vuelve inservible, hasta el aire... El agua y el suelo ahora son veneno, lo que nos convierte en víctimas de nuestra propia ambición. Nuestros líderes se corrompieron. Ellos viven bien, aunque no por mucho tiempo. No hay nada que salve un alma descarriada por el poder del dinero. El tiempo se acaba...

—Hasta ahora, tú no has estornudado. —interrumpo.

—Qué perspicaz. —responde—. Omítes un detalle:

—¿Cuál?

—Tú tampoco lo has hecho., así que tengo una pregunta para ti: ¿Cómo llegaste hasta acá? —No deja de sonreír. Tiene razón: no sé cómo lo hice.

—Tranquilo, tranquilo, nadie puede vivir de sueños. —despierto.

Alguien recorre las cortinas. Entre dientes maldice:

—Hijos de puta.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Otra sanción más. —contesta.

—¿Sanción?



—Sí, sanción económica. Hace cincuenta años, un poco más, nos negamos a explotar el suelo, donde dicen que hay una riqueza enorme que nos haría “desarrollados”. Nuestros ancianos nos previnieron de lo que pasaría si lo explotábamos: nuestra gente se corrompería, el dinero haría que la comunidad se dividiera. Nuestro suelo se contaminaría, el agua, el aire... y la gente moriría de cáncer, con ronchas rojas en la piel. —Toma aliento para seguir. Camina para no hacer notoria su preocupación, y sigue explicándome—: No nos perdonan que hayamos decidido dejar el suelo intacto. Por ello nos acechan constantemente. Nos acorralan. Dicen que somos unos necios por no aprovechar lo que la naturaleza nos ha regalado. Al no tener esa supuesta riqueza del suelo, tuvimos que buscar formas de financiarnos, así que invertimos lo poco que había en educación, la mejor. El resultado fue magnífico: la mayoría de los científicos que preparamos dedican su tiempo a cuidar la tierra con productos naturales...

—¿Por qué te levantaste tan sudado? —me pregunta con el entrecejo fruncido.

—Tuve un sueño muy raro. —le dije.

—Cuéntame. —Y se sentó a mi lado. Sentí cómo la cama se hundía. Lo conté todo, hasta lo de ella, lo que me produjo cierta vergüenza. Recogió sus cabellos y suspiró. Me pidió que le acompañara hasta la ventana, así lo hice. Unos niños semidesnudos se bañaban en un río diáfano rodeado por una vegetación abundante y brumosa.



—¿Puedes ver? —me dijo—. Esos niños pueden bañarse en el río sin temor. Cuando lleguen a sus casas comerán alimentos igual de sanos. Así también respiran un aire limpio y beben agua que no les enferma. Eso es gracias a que les obedecemos a nuestros ancianos y nos negamos a explotar el suelo. La presión de las potencias es grande y constante. La nación vecina sucumbió hace algunos años. Ahora cuentan que su gente está muriendo en medio de escandalosos estornudos, con la piel enrojecida y los ojos llenos de lágrimas.

Me llené de pavor:

—Igual que en mi sueño. —le dije.

—¿Y a ti quién te ha dicho que estás despierto?



## Reconocimiento

por: Juan Carlos Erazo

# Te daré camu camu

**S**on las seis de la mañana en Pacarina, un hermoso y recóndito poblado de la Amazonía ecuatoriana. En esa comunidad, todos están despiertos a esta hora. Bueno, casi todos, porque a Samai le cuesta mucho dejar la sábana a un lado. Sus vivaces ojos marrones adquieren, en el sueño, un peso tres veces mayor, y por ello no se abren, a pesar de que los primeros rayos de sol los penetran gentilmente.

Aquel día, la madre de Samai, después de reiterados intentos, logró levantar al pequeño rufián.

—¡Es increíble como duermes tan profundamente! —le dijo, mientras abría la ventana para que ingresara aire fresco.

—No lo sé mamá, me falta energía para despertar —Respondió desconcertado Samai.

—¡Entonces te daré camu camu! —fue la respuesta, en tono comprensivo, de la amable mujer.



Samai se sorprendió mucho. ¿Camu camu? Algún trabajo o, peor, un castigo..., pensaba el muchacho. La madre al ver la evidente turbación y duda de su hijo, rápidamente le aclaró el asunto: camu camu es una fruta exótica, muy poco conocida, que se produce en la Amazonía. Tiene cuatro veces más nutrientes y vitaminas que cualquier otra. «Y de seguro ella te pondrá más activo cuando debas levantarte».

Solo el hecho de mencionar esta fruta produjo en Samai un refrescante despertar. Nunca había oído, y menos probado, este «remedio» natural. La duda invadió pronto al joven, por lo que decidió probar con ella y verificar sus renombrados poderes alimenticios. Eso sí, cuando terminara sus clases y hubiera hecho sus deberes. Menuda cantidad de asuntos debía resolver, a los que se adjuntaban el trasladarse en caballo a la escuela que se encontraba a 40 minutos de Pacarina.

Salió de su casa, aún con comida en la boca, rumbo a la escuela. Tomó el joven caballo que le habían regalado cuando tenía 12 años y arrancó en veloz carrera para no llegar tarde. En su agitada y extensa travesía, pudo percatarse de las diversas actividades del pueblo. En ellas habían rasgos en común: mucho por hacer y en muy poco tiempo. *Vaya, vaya, no soy el único al que le pasan estas cosas*, pensó mientras toreaba vertiginosamente obstáculos y transeúntes.

Cuando estuvo frente a la escuela, amarró firmemente a su corcel y corrió al aula, pues faltaban dos minutos para que se iniciaran las actividades. Con enorme gusto constató que allí se trataría un tema nuevo: los gases naturales

y su uso en la sociedad. Suena interesante, se decía Samai, mientras infructuosamente buscaba un lápiz para anotar lo que iba exponiendo el maestro.

El docente indicaba: «Conoceremos hoy al metano, que es un gas no tóxico y no peligroso si se lo inhala en pequeñas cantidades. Se produce de la descomposición de la materia orgánica y sirve de combustible. Como Ecuador es un país eléctrico, el uso de los gases podría ayudar al desarrollo. La producción a través de las hidroeléctricas no atiende todas las necesidades. Este país verde y sin el petróleo, no abastece tanta demanda».

Samai había escuchado atentamente la explicación del profe. Y esta hizo efecto positivo, pues las dudas y preguntas ebullían fácilmente en el estudiante, al igual que en la mente de sus compañeros.

«¿Por qué no tenemos petróleo?», fue la una de las cuestiones que el docente respondió: «Nuestro país no tiene yacimientos de ese producto, pues no tuvimos la suerte de que se produjeran aquí a lo largo de millones de años».

«¿En qué se usa?», dijo otro estudiante, y el profesor respondió: «Los usos son variados y entre ellos destacan la producción de electricidad para consumo urbano-rural y transportación».

Con ansiedad, Samai alzaba repetidamente su brazo, para exponer su duda. Se había generado un intenso debate del tema de clase. El docente dijo: «¡Fabuloso queridos estudiantes! ¡Estamos haciendo un conocimiento efectivo de este tema! Dinos Samai, ¿cuál es tu pregunta?». El estu-



diante habló: «¿Por qué no producimos más metano?» El maestro contestó: «Pues no tenemos suficientes elementos orgánicos en descomposición para cubrir la demanda. Necesitaríamos cuatro o cinco veces más de los que producimos actualmente. De hallar residuos en grandes cantidades, de buena composición y que no contaminen el ambiente, podríamos hacer mucho para el crecimiento de nuestro país».

Samai quedó satisfecho con la respuesta. En su interior se repetía las palabras que escuchó y esperaba que pronto se hallara una solución a la falta de recursos energéticos del país.

Pasaron las horas de clase de una y otra materia, hasta que llegó el recreo y con ello la hora de comer. Estaba a punto de servirse un delicioso refrigerio que su madre le había guardado en la mochila, cuando sintió unos golpecitos en su hombro. Regresó a ver y vaya sorpresa: era su madre, con una pequeña vasija de ¡camu camu! Ella le dijo: «Temía que tengas fatiga en clases así que te conseguí algunas frutas, de las que te había hablado en la mañana».

Samai agradeció el detalle tan maravilloso de su madre y sin espera comenzó a degustar aquella misteriosa y deliciosa fruta. Sintió rápidamente que esta le daba un efecto reparador y que eran ciertas las afirmaciones sobre sus valores nutricionales y energéticos.

La madre de Samai, conocedora del buen apetito de su hijo llevó una porción de esta fruta, que bien podía alimentar a cuatro a cinco personas. Constatando que Samai disfrutaba de su comida, se despidió y se retiró de

la escuela. Samai comió su refrigerio y una buena cantidad de fruta. Debido a la gran cantidad de camu camu, la guardó en la vasija y retornó feliz a clases, con una energía muy alta.

Transcurrieron las horas en la escuela y sonó la campana, indicando que la jornada había terminado. Nuevamente la travesía de retorno a casa estaba en proceso. Samai tomó sus pertenencias y junto a su caballo emprendió veloz carrera a su hogar.

Samai notó que en el camino había algunos baches y lodazales bastante grandes, que se habían formado por una lluvia de la mañana. Debió sortear ágilmente estas dificultades para llegar a casa. Por poco cae en uno de esos huecos. Samai, ya en su lugar de destino, realizó todas sus actividades con normalidad; tareas y juegos fueron parte de esas horas.

No se sentía cansado, tenía mucha energía. «la camu camu es simplemente maravillosa», comentó Samai, mientras daba brincos en su cama. La madre, al escuchar el crujir de las viejas maderas de la cama de su inquieto hijo, desde la habitación de al lado le decía que era muy tarde ya para seguir jugando y que debía dormir.

Samai decidió entonces poner fin a sus juegos. Mañana tendría más aventuras gracias a su nueva fruta amiga. Se acostó y entró en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, la madre de Samai fue sorprendida en su cama. Los papeles se habían cambiado, el muchacho dormilón y fatigado la despertaba. «¡Qué alegre

sorpresa Samai! Es maravilloso verte levantado tan temprano ¡son las 5 de la mañana!».

Samai, con su rostro visiblemente turbado, quería llorar. No encontraba la camu camu y quería comerla en su desayuno. Ella le dijo: «Seguro esa fruta está confundida en alguna parte. Trata de recordar cuándo la viste por última vez. Él respondió: fue ayer, al retornar a casa la tomé y la guardé en mi maleta. La busqué ahí y ya no está». La madre consternada por aquella pérdida le dijo que no se preocupara, que ella le daría más fruta la próxima semana.

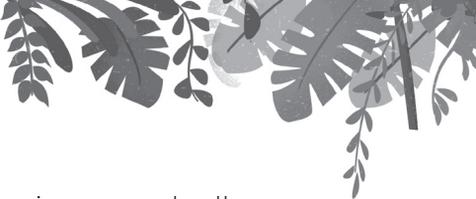
Samai se retiró del cuarto agradeciendo a su madre por aquella deliciosa oferta. Pero no solo el apetito o las ganas de más energía eran las que acongojaban esa alma infantil, era el hecho de haber descuidado un regalo preciado, recibido de una persona maravillosa.

Se propuso entonces buscar dónde quedó esa fruta. Además no iba a esperar una semana para comerla. Debía hallarla sí o sí. Pasaron varios días en los que Samai intentaba encontrarla. La luz vino a su mente cuando recordó que en una parte del camino a su escuela, había un gran hueco donde posiblemente esta fruta cayó y él no se dio cuenta. «¡Claro! Estuve a punto de caerme con todo y caballo ese día y seguro cayó ahí mi camu camu», decía con esperanza Samai, mientras sus ojos marrones se llenaban de emoción. Eran tempranas horas del amanecer, hace cinco días que perdió la fruta y debía hacer todo pronto, para evitar que las hormigas o algún otro animal den buena cuenta de su preciado regalo.

Tomó su caballo, una pala y una vela con fósforos para ir a rescatar la fruta. Galopó velozmente hasta que llegó al sitio. Pudo divisar que algunas hojas de los alrededores habían cubierto el gran hueco, donde debía estar su objetivo. Sacó rápidamente su fosforera y encendió uno de los palillos... se acercó al hueco y retiró las ramas... ¡Pum! Hojas, tierra y Samai salieron por los aires... «¿Qué diablos fue eso?», dijo el aturdido joven. Entre los restos de la pequeña explosión, Samai encontró en efecto pedazos de la vasija donde había guardado su fruta deliciosa y también residuos de camu camu. No comprendía cómo la fruta o lo que sea hubiesen estallado. Recolectó algunos objetos de la explosión, incluyendo los restos de la funda y de la camu camu y se dirigió rumbo a la escuela. Su maestro podría desenvolver el misterio de esa explosión.

Ya en la escuela, Samai detalló todo lo sucedido al docente. Este último dio la explicación: «Samai, creaste de manera indirecta gas metano, porque tu fruta se descompuso en ese hueco, y al estar tapada por las ramas, este gas se concentró ahí. Bastaba tu fósforo encendido para que esa explosión sucediera. Lo que me sorprende es que la explosión haya sido tan fuerte. ¿Cuánta fruta botaste ahí? ¿Cómo se llamaba?» Samai contestó: «Eran apenas unas tres frutas, se llaman camu camu».

El maestro comenzó a dibujar en su rostro una gran sonrisa. Le dijo a Samai: «Por favor, consígueme de tu madre todo la camu camu que puedas. Podemos experimentar con los residuos descompuestos y generar energía eléctrica para la escuela». Quizás para toda Pacarina y, ¿por qué no?, para todo Ecuador.



Sonaba genial esa idea, así que Samai y su madre llevaron en los siguientes días un quintal de camu camu y lo pusieron a descomponer en un cuarto de la escuela, mientras el maestro creó un generador que funcionaba con gas metano.

A la semana de empezar el experimento, los resultados fueron sorprendentes: La cantidad de gas generado era lo suficiente para alimentar a la escuela ininterrumpidamente, no se contaminaba el ambiente. La noticia se regó como pólvora en Pacarina. Fue cuestión de pocos días para que se creen más espacios para usar el gas metano que emitía la fruta. El pueblo cambió radicalmente, todo se agilitó. Hasta se logró colocar este gas en los vehículos.

En un par de años, Ecuador comenzó una producción masiva de camu camu, como su base energética y ecológica fundamental. Y adicional la colocó como fruta completa para la alimentación.

Samai y su madre, inocentemente, aportaron al verde país de Ecuador con un recurso natural no contaminante, para su desarrollo económico y alimenticio: la poco conocido camu camu... y además sabe muy bien.

Ahora Samai puede obtener camu camu dónde sea y estudiar y jugar durante largas horas.

## Reconocimiento

por: William Miguel Espinoza

# La decisión de William: una Amazonía ecuatoriana sin petróleo

**A**lguna vez, frente a un evento o descubrimiento que nunca hubiésemos querido que sucediera, todos nos hemos hecho la pregunta qué tal si..., como si buscáramos la manera de que algo fuera diferente o simplemente algo hubiese cambiado, a raíz de ello surge la historia de una Amazonía ecuatoriana sin petróleo, el relato de un encuentro que transformó un país para siempre.

Son finales de los años 60, y desde Santa Elena parte una delegación de investigadores hacia Lago Agrio para estudiar lo que en la península fue la novedad, el petróleo, un recurso mineral con elevado valor comercial, que podría enriquecerlos enormemente. William, quien encabeza la misión, es el más emocionado del grupo, no era la primera vez que realizaba actividades de esta índole, pero sí la primera en la que iba a explorar una selva latinoamericana, cuyo interior albergaba leyendas de conquistadores, tribus desconocidas para la humanidad y animales únicos en el mundo.

De a poco, y a medida que avanzaban en su trayecto, el entusiasmo se notaba en el grupo; se iban apreciando



los comentarios de los pobladores, diferentes cosas que habían escuchado, cambios muy particulares. En un momento estaban rodeados de mar, manglares, palmeras, para luego divisar elevadas montañas rodeadas de brumas con blanca nieve y, durante la última parte del viaje divisaron una densa selva, espesa, llena de ruidos animales que acompañan a un refrescante viento húmedo, junto con un sol que se levanta y oculta en el horizonte.

Pasadas las horas, los viajeros llegaron a Lago Agrio y buscaron la posada que estaba asignada para que pudieran establecerse, lo primero que se les cruzó por la cabeza fue ir a cenar y tomar algo, porque como dice el dicho, “barriga llena, corazón contento”. Hecho eso, y tomando en cuenta lo cansado del viaje, fue unánime la decisión de ir a dormir y empezar con toda la energía del mundo al día siguiente.

Entre ruidos y susurros, transcurría la noche hasta el momento en que los albores de la mañana aparecían en el horizonte. William, como gran aventurero, era ligero de sueño, se podría decir que mantenía la guardia ante cualquier eventualidad, es por ello que se despertó antes que los demás y es aquí que para fortuna suya (o quizás no) en su ventana vio un colibrí dorado... ¡Wow! ¡Esto es increíble!, pensó, buscó su cámara e intentó fotografiarlo, pero antes de que lo consiguiera el colibrí alzó vuelo; William no iba a perder la oportunidad de registrar a una especie tan exótica, así que decidió seguirlo en su camino, avanzando de flor en flor, de árbol en árbol y sin que se diera cuenta había llegado hasta un río donde le perdió la pista, aunque eso lo llevó a ver algo aún más impresionante: un jaguar jugando con un delfín a las orillas del río.

William se quedó anonadado, estaba pasando por una serie de coincidencias increíbles, era testigo de cosas fenomenales, esta vez no perdería la oportunidad de registrar lo que sus ojos veían, preparó su cámara y tomó una fotografía, el flash provocó un destello que repentinamente hizo que algo cambiara, el aspecto del panorama pasó de verde frondoso, lleno de vida... a gris, marchito y triste, parecía que un incendio hubiese arrasado ese lugar de un momento a otro. Sin saber qué ocurría, asumiendo que todo lo que veía era producto de su imaginación, cerró sus ojos, respiró profundamente y lentamente volvió a abrir la mirada, pero nada cambió, todo seguía igual... en eso escuchó una voz que le dijo: «Espantoso, ¿verdad? Y créeme, esto no es ni el comienzo...».

Al escuchar la voz, William comenzó a buscarla, pero no había nada alrededor, estaba vacío el lugar y para salir de dudas en tono fuerte exclamó:

—¿Quién eres? ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy?

—Tranquilo, no desesperes muchacho, ya obtendrás las respuestas que buscas. —dijo la voz.

En eso, desde el río comenzó a aparecer un anciano muy extraño, tenía una vestimenta muy peculiar, collares hechos con dientes, un penacho de plumas, y un traje a base de pieles animales, William con un poco de temor dijo:

—¿Acaso tú eres quien me hablaba?

—Por supuesto que era yo, ¿acaso ves a alguien más? —dijo el anciano.

—¿Sabes qué pasó?

—Lamentablemente todo lo que ves aquí es el reflejo de un triste futuro, producto de una decisión que tú vas a tomar.

—Es imposible, yo no haría algo así...

—¿Estás seguro?, solo recuerda para qué viniste, con ese pequeño detalle en mente sígueme, tengo que mostrarte algunos lugares

—Pero no tengo ni idea de quién eres...

—Es verdad, disculpa mis modales, soy Yarik, un chamán de mi tribu, y tú, muchacho, ¿cuál es tu nombre?

—Soy, William, mucho gusto.

—Ahora sí, a lo que nos concierne; vamos, William, debemos recorrer algunos lugares.

William, un tanto confundido, pero con ánimo de aventura, optó por seguir a ese misterioso anciano, ya que al menos de esa manera obtendría algunas respuestas. En el camino, notó que todo a su alrededor estaba vacío, no parecía que fuera una selva, se asemejaba más un desierto sin vida, las palabras no alcanzaban a describirlo y un silencio incomodo surgió, hasta que el anciano dijo:

—William, dime por qué has venido aquí.

—Pues, la verdad, fueron dos razones las que me trajeron aquí: mi instinto de aventura y un trabajo de exploración petrolera. Así como en la tierra de dónde vengo hay indicios de que este lugar está lleno de petróleo, un mineral muy valioso que puede ayudar a que la gente se enriquezca, se desarrolle, tenga mejor calidad de vida...

Yarik se detuvo en un mirador para apreciar el panorama, llamó a William y le dijo:

—¿Se te hace conocido este lugar?

—Pues la verdad no —dijo William.

—Es donde llegaste por primera vez.

—No puede ser, esto estaba rodeado de árboles y había unas cuantas casas a lo mucho...

—Como puedes ver, William, este lugar cambió mucho. Unos días después de que culminaron su investigación, aparecieron personas parecidas a ti, como marabuntas, trajeron máquinas que empezaron a arrasar el lugar para tener espacio de asentarse. Pese a que vivían miles de animales, no les importó, algunos huyeron, otros perecieron tratando de defender sus hogares; pero era inútil, como puedes notar aquí, ya no hay ni cantos ni rugidos, y el aire no es fresco, realmente esto no es ni la sombra de lo que alguna vez fue.

—Espera Yarik, conozco cómo es esto, así comienza el proceso de extracción del petróleo, créeme que lo que

ha ocurrido no es nada en comparación con lo que van a ganar, es un pequeño sacrificio...

Yarik se dio la vuelta, comenzó a caminar y simplemente dijo: «Vamos tenemos que continuar».

Dejando de lado ese lugar, avanzaron en su camino, mismo que se empezaba a tornar diferente, ya se podían notar algunos árboles y animales, sin embargo, el silencio nuevamente los invadió. Esta vez William, para romper la tensión, dijo:

—Yarik, créeme, esto no es nada comparado con los grandes beneficios que tendrán los lugareños, se convertirán en un pueblo próspero...

—Creo que el concepto de prosperidad no es el mismo para ti que para mí, más adelante vas a entender la razón —dijo Yarik.

Esta vez fueron cerca de una pequeña aldea a la que veían detrás de unos matorrales, se distinguían personas muy parecidas a Yarik, pero muchas de ellas con algún problema físico, otras se notaban enfermas, entonces William preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En mi aldea —respondió Yarik.

—Pero ¿qué les paso? ¿Por qué se ven así?

—William, este es el costo de la «prosperidad» que otorga el petróleo, después de que montaron el asentamiento comenzaron a expandir su influencia en la zona, con el afán de obtener lo que querían, nunca les importó las consecuencias de lo que sucediera, ni quienes fueran perjudicados, muchos de los desperdicios que producían fueron a parar al río, el poco control y falta de interés hicieron que se arruinaran algunos lugares de abastecimiento, llenándolos de una sustancia negra. Y las personas de mi pueblo, al no poder afrontar este hecho, tuvieron que buscar la forma de sobrevivir aunque eso, lamentablemente, significara envenenarse poco a poco.

—Esto no puede ser, cómo es posible que permitan que pase eso...

—La codicia no conoce límites muchacho, ven nos queda un lugar más que visitar.

William, triste y con la cabeza baja, no sabía qué decir, era espantoso lo que había visto, solo iba sumido en sus pensamientos, analizando por qué pasaron esas cosas. En ese momento, Yarik le dijo:

—William, lo que has visto no es definitivo, en algún punto sé que eso puede cambiar, dependerá mucho de las decisiones tomadas y que el Gran Espíritu nos ayude... mira, ya llegamos.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ven, necesito que veas esto, este es el lugar de los guardianes.

—¿Los guardianes?

—Sí, un grupo de valientes que lucharon por preservar sus hogares, lo recuerdo claramente, nos reunimos un día muy parecido a este en un consejo de guerra frente a los intrusos, sus ambiciones...

—Espera, ¿dijiste *nos*?

—Sí, tal como lo oyes, yo fui uno de los guardianes que aquel día lucharon por proteger este lugar, y mi eterno descanso se encuentra aquí con mis compañeros quienes, pese a que todo estaba en contra, a que nos superaban, mostramos valor y coraje, fue ese día cuando las mujeres quedaron sin maridos y los niños sin padres.

—Pero eso es genocidio, es prohibido por las leyes...

—William, para ellos la ley se aplica a su conveniencia, y aquí en la selva ¿quién puede decir algo?, es muy fácil disimular eventos como ese.

—Yarik, no sé qué decir, digo este viaje lo hice con el propósito de hacer algo bueno, mejorar la vida de quienes aquí viven.

—William, creo en tu nobleza y es quizás por eso que el Gran Espíritu quiso que te enseñara todo esto, para que el momento indicado tomes la decisión adecuada. El sol está por ponerse y no me queda mucho tiempo, creo que es momento de despedirnos.

—Yarik, no te vayas necesito saber qué debo hacer...

Antes de irse, Yarik, en un último suspiro, se despidió de William, diciéndole:

—Recuerda muchacho, las decisiones que tomes hoy tendrán consecuencias mañana. He cumplido con lo que se me ha encomendado, no puedo quedarme más, ahora todo depende de la decisión que tomes, nada ni nadie puede elegir por ti... Usa una vez más aquel objeto que tenías en tus manos cuando viste al jaguar y al delfín para regresar a donde todo comenzó. Quizás en algún momento, si el Gran Espíritu lo permite, nos volveremos a ver.

William, con lágrimas en los ojos, haciendo caso de las palabras de Yarik tomó su cámara y fotografió el lugar, pero el flash lo cegó... de pronto se escuchaban voces que lo despertaron en la orilla del río, rodeado de todos sus compañeros, quienes estaban preocupados por él, se levantó y juntos regresaron a la posada. Unos días después, al terminar su labor en Lago Agrio, el grupo emprendió el regreso a su hogar en Santa Elena.

Pasaron algunas semanas desde que William estuvo en la selva, y a menudo se preguntaba si había hecho lo correcto. Para solventar sus dudas emprendió un nuevo viaje a Lago Agrio, quería saber qué había pasado después de que habían negado la existencia de petróleo en aquel lugar, tal fue su sorpresa al ver que ahí se había establecido un centro de investigación provisional promovido por una ONG internacional. Según contaban los lugareños, un grupo de científicos había llegado una semana después que el grupo de William partiera de regreso a Santa Elena, buscando una sede para cumplir con sus objetivos de preservación ecológica, y escogieron este, pues colindaba



con la selva y servía a su vez como punto de control frente a intrusos e invasores. William veía interesante el proyecto, conversó con algunos de los delegados del lugar, realizó algunas exploraciones con ellos, hasta llegó a ampliar sus conocimientos científicos, lo que le motivó a unirse a la causa de esta ONG.

Así fue que, durante años, William trabajó arduamente, codo a codo con este grupo, sentando precedentes, desarrollando conocimientos, ayudando en los lugares que visitaba, promoviendo la creación de nuevas sedes, idea que tuvo una gran acogida y comenzó a replicarse en otros puntos del país, formando así una red de protección e investigación científica con reconocimiento a nivel mundial. William iba dejando una huella de valor ecológico que la historia nunca iba a olvidar.

En sus últimos días, rodeado de familiares y amigos, William pasaba en su casa de Santa Elena, a menudo contaba su historia de aquel encuentro con Yarik, del que siempre estuvo agradecido porque gracias a eso tomó la mejor decisión de su vida, y con una gran sonrisa se lo repetía, hasta el momento en que le tocó partir de este mundo, a donde Yarik junto con el Gran Espíritu estarían esperando para agradecerle todo lo que hizo por la vida de la selva amazónica y muchos lugares más.

# Redenciones geológicas de dos mundos

Jean-Pierre tomó un punzón de acero inoxidable y marcó el punto en donde iba a extraer la roca. Enseguida dispuso limpiar el manto sobre esa porción de suelo elegida, y a los peones no les importó ni siquiera que por ahí cruzaba una carretera de hormigas negras que portaban unos cuantos cadáveres de insectos, como si fuera un cortejo fúnebre, aunque de su comida y sustento se tratara. Eran hormigas medianas, cada una mediría un cuarto de escarabajo hércules hembra; se veían agresivas, de mordida dolorosa y sin aguijón, pero ante la fuerza del desbroce no pudieron hacer otra cosa que huir. Otras muchas que no pudieron escapar fueron arrasadas. La hemolinfa que derramaron sus cuerpos destruidos formó una mixtura de exoesqueletos, materia orgánica en descomposición y los rezagos de las lluvias; un líquido oscuro y espeso que se fue filtrando poco a poco, y que aumentó un centímetro cúbico el volumen de la trampa de petróleo que justo ahí, bajando varios kilómetros en el subsuelo, yacía dormida por millones de años.



Cuando colocaron el taladro para la perforación, a Jean-Pierre le parecía que con ese acto simbólico estuviera clavando una cruz en nombre de un rey. Su uniforme maltrecho y lleno de lodo, con el estampado del logotipo de la *Royal Spondylus Petroleum Company* en el bolsillo del lado izquierdo del pecho, hacía la proclama sin que tuviera que verter palabra alguna. Siempre había sido muy callado como eran las rocas que tanto amaba, silenciosas y taciturnas. Las consideraba la memoria del planeta y a él mismo como una roca de carne memoriosa. Era un geólogo francés de 30 años y de gran renombre que trabajaba para esa empresa de petróleos anglo-holandesa desde hace algún tiempo. Poseía una rara aptitud innata para soportar las altas temperaturas: incluso en el calor sofocante de las selvas ecuatoriales se sentía inalterado.

Antes había estado trabajando en Venezuela y últimamente en Brasil, siempre en labores de prospección para la misma compañía. En esos lugares vio cómo lo que para él era bitumen, para otros resultó ser el premio gordo de la lotería. Detestaba a los capitalistas de las empresas petroleras y de las sociedades financieras del sector, porque le parecían unos oportunistas que lograron congraciarse con el mercado de valores aprovechándose de los procesos geológicos. Pero había algo que le fascinaba en la idea de aprovecharse de la naturaleza muerta y compactada bajo miles de pascales de presión. Le embargaba como un sentimiento de placer culposo cada vez que perforaba para liberar esos hidrocarburos. Guardaba el deseo reprimido de alcanzar algún día el cálido manto terrestre, solamente así creía que se le podría quitar de forma definitiva la imperturbable frialdad que llevaba por dentro.

Este mal no le impedía que noches enteras se pasara soñando en viajar al pasado para ser testigo de esos mundos ahora perdidos. Recorría escalas temporales casi imposibles y los estratos de todas las épocas geológicas en diferentes puntos de la Tierra, viendo seres completamente extraños que no se parecían a ningún fósil conocido y que estarían por ser descubiertos. Tenía la impresión de estar actuando como una especie de médium entre la comunidad científica de paleontólogos de su presente y esos seres que él veía animados por energías desconocidas, pero que solamente se encontrarían fosilizados una vez que él comunicase dónde se hallaban enterrados. Esas visiones le parecían secundarias a su principal cometido de ver, en las pocas horas del sueño reparador, las edades de hielo y las glaciaciones, clima al que sentía pertenecer y al que se había adaptado. También le gustaba presenciar la orogénesis y las erupciones volcánicas en *stop motion*, esto le producía una especie de relax, sentía como si con sus manos plegara y diera forma a la corteza, cuyas capas comparaba con sus propias sábanas, en las que descargaba volcánicamente las tensiones del día a día.

Jean-Pierre había decidido trabajar para la *Royal Spondylus* solamente porque uno de sus accionistas y socios fundadores era amigo suyo. También era coleccionista aficionado de conchas. De hecho, éste le había puesto aquel nombre a la compañía de petróleos que fundó porque la concha de *Spondylus* era su favorita. Al geólogo le había parecido una anécdota enternecedora y aceptó la oferta de trabajo que su amigo le hizo sin hesitar después de ver una de estas conchas en un sueño. Para el trabajo de prospección en Ecuador, decidieron permanecer por tres meses, perdidos en un punto aislado de la Amazonía

hasta poder confirmar que efectivamente allí descansaba un yacimiento petrolífero con potencial.

Cada tarde de esa estancia corta y, para poder soñar en la noche, el joven geólogo se sentaba frente al río a tomar un *espresso* que hacía con una cafetera italiana que había adquirido en Manaos en la época en la que residió en ese enclave rodeado de un mar verde. Se la mandó a traer río arriba con una empresa de barcos a vapor sobreviviente del declive cauchero que llegaba hasta Iquitos. Luego, un grupo de navegantes kichwas la transportaron en un pequeño peque-peque por el río Curaray, sin saber que portaban una extraña máquina con chapado de oro que reflejaba los rayos del sol y cuyo brillo enceguecía a cualquiera que la mirase más de la cuenta por lo bien pulida que estaba. Pero sin duda lo que más les llamaría la atención iba a ser el águila fundida en arena y cromada que coronaba la cafetera, ya de por sí con una forma que se les haría familiar, como de un tronco de un árbol medianamente grueso pero trunco, y con varias ramas y nidos pequeños en cada una. Fue quizá esta la razón por la que durante el viaje de transporte de la cafetera de lujo se produjo esa matanza.

Un día, al atardecer, el grupo decidió acampar en una playa junto a un meandro que parecía que se entrelazaba con otros cercanos y que formaban —viéndolo desde las alturas como lo había hecho una avioneta de exploración que pasaba justo a esas horas— el signo del infinito. Fue entonces que se reveló el objeto misterioso que llevaban. Aunque el ave que aparentaba posarse encima de la cafetera era un águila imperial, para los indios kichwas se trataba del águila harpía, a la que temían especialmente.

Se pusieron muy nerviosos, como intuyendo que una tragedia se acercaba porque, en medio ambiente crepuscular de tonos anaranjados y rojizos, el fuego que habían hecho emitía una luz que se reflejaba en la cafetera y que los hacía demasiado notorios. De pronto, de la espesura del monte salió un indio, que inmediatamente identificaron como auca —que era la forma que utilizaban los indios civilizados y bautizados para llamar a los salvajes—, portando 6 lanzas pintadas con achiote con las que atravesó a la mayoría de los que acampaban. Este hombre parecía estar desnudo, tenía un cuerpo atlético de color canela, y un semblante duro pero con facciones algo suavizadas que le delataban como si frisara aproximadamente unos 30 años. Vio la cafetera y la figura del águila con gran asombro. Quiso tomarla antes de escabullirse de nuevo en la espesura de la selva pero fue abatido con un tiro de escopeta por uno de los kichwas. En el interior del bosque se oyeron sollozos y el sonido de las hojas y ramas rozando algo móvil y escurridizo, y de pisadas quebrando la hojarasca, como si un grupo de animales o gente se abriera paso. Ese rumor se fue extinguendo hasta que solo dos indios sobrevivientes pudieron bajar por fin la guardia. Cuando le entregaron la cafetera a Jean-Pierre, éste en señal de agradecimiento les dio de beber a los dos hombres un poco de café que preparó con esmero esperando ver sus reacciones. Escupieron al primer trago y no quisieron beber más. Resultó ser un trago más amargo que la pérdida de sus amigos y familiares en esa playa fluvial casi infinita. El café escupido fue filtrándose por el suelo hasta el entramado de fuentes subterráneas. Y de ahí al petróleo acumulado.

—¡Ahhhhhhhhhh! —se escuchó como un lamento profundo desde el interior de la maloca.

—Han matado a Oijira. —le dijo uno que llegaba de la expedición que se armó para buscar a su hermano, en vista de que éste no regresaba después de haber obscurecido.

Luego encontraron el cadáver con el tiro de gracia y lo enterraron ahí mismo.

*Si muere mi hermano gemelo, moriré yo también*, se dijo hacia sus adentros mientras otros le animaban a tomar venganza enseguida. No pudo. Le era imposible contener una pena abrumadora que le impedía siquiera moverse como para tomar las lanzas, reunirse con los hombres e ir en búsqueda de esos *wekudes* —que era el nombre que utilizaban para los extraños y enemigos de afuera. Su hermano se le apareció esa noche en sueños con la figura de un jaguar blanco con manchas negras y le rogó venganza.

—Te juro que te acompañaré y no te dejaré solo, será como si una legión de mis hermanas pelearan a tu lado. —Ya que según sus creencias todos los que morían se transformaban en jaguares hembras.

Lo que su hermano ignoraba, y evitó decirle en aquel sueño, pues sólo lo había entrevisto en el mundo de los espíritus, era que lograría acabar con los enemigos pero a un precio muy elevado. Le advirtió:

—Antes de hacer la emboscada, une tu lanza a la de Iruni y dile que, si alguno de los dos muere en batalla, el otro ha de vengar su muerte. Esta será la señal que manifieste lo que guarda tu corazón.

—*Nani kamari*—que significa 'ñañito hermoso'—, no moriré en manos de un *wekude* porque pienso tomar barbasco al alba. Así mi muerte será preciosa porque mi cuerpo no le pertenecerá ni al día ni a la noche. No descenderán los cóndores blancos por mi carne ni las hormigas negras me harán trocitos para llevarlos a sus hormigueros. Beberé el veneno con gusto hasta que las bolitas negras del centro de mis ojos desaparezcan y queden completamente blancos. Estoy tan triste y mi añoranza solamente es estar contigo. Pero si tú ahora me dices que lograré vengarte, retrasaré mi decisión. Y si al final caigo abatido por el toque desgarrador de ese dardo mágico en forma de colmillo que tienen los *wekudes*, ese que disparan con una cerbatana sin soplarla y que deja la marca de las cenizas de un fuego en la piel, sé que Iruni me vengará.

No entendió en ese momento a qué exactamente se refería su hermano, pero sabía muy bien que había tenido una visión y que las cosas ocultas para él ya eran tan claras como el sol de mediodía. Se dirigió a la hamaca de Iruni y le acarició la mejilla, y luego el pecho diciéndole:

—*Mene pere piriti*—que significa *mi monito capuchino juguetón*—. Le pidió que fueran juntos a vengar a Ojjira, y, para convencerla, le susurrara una canción de guerra que hablaba de dos nutrias muy ágiles peleando con una boa gigante a la que terminaban devorando por ambos extremos. Con su mano dibujaba delicadamente en el pecho

y cuello de Iruni el patrón de manchas parduzcas oscuras que estos animales tienen en esta parte de sus cuerpos, con pelaje blanco de fondo. Sabía de memoria la forma de los patrones porque eran los mismos de dos nutrias que nadaban con ellos cuando eran niños. Era como si supiera que las marcas en el pecho y cuello de una nutria gigante funcionan como un gafete con su nombre. Cuando sacan la cabeza fuera del agua, buscan a sus compañeras como con un periscopio, mostrando sus marcas únicas para poder ser a su vez reconocidas.

El grupo de guerreros salió cuando aún estaba por aclarar en medio de una niebla apenas perceptible. Cada uno cargaba 6 lanzas de 2 metros de longitud que estaban decoradas con plumas de tucán, harpía y paujil. Llegaron al campamento de los *wekudes*, cuando uno de los kichwas, quien estaba de centinela, se percató de su inminente ataque y tomó la carabina para disparar al aire y de ese modo advertir a los demás. Aquel día muy temprano en la mañana murieron casi todos atravesados por lanzas con plumas o por plomos opacos. Todos menos Jean-Pierre y uno de los aucas, el hermano de Oijira. Cuando este vio que habían matado a Iruni, decidió que prefería de nuevo la muerte a vivir sin él. Estaba determinado a lanzarse al río para morir ahogado. Pero de repente, una perturbación del lugar provocó un ligero temblor. Jean-Pierre se extrañó, sabía que en ese sitio no había ninguna falla que pudiera producir ese sismo, por lo que pensó que habrían podido sentir las ondas de algún otro evento telúrico que se había producido lejos de donde se encontraban. Como de la nada apareció un aparato del tamaño de una maloca y con forma muy parecida a la cafetera italiana de Jean-Pierre. Al verlo los dos se estremecieron de

pavor pues era algo nunca visto por ninguno de ellos. El hermano de Oijira había visto antes esos pájaros inmensos que volaban por el cielo —esta era la forma como en su grupo describían a los aviones que tampoco conocían previamente. Por eso pensó que se trataba de otra de las artimañas de los *wekuna*. Tomó una lanza que no había sido utilizada y con toda su fuerza la dirigió al carapacho de ese extraño objeto que había aterrizado justo enfrente de estos dos hombres beligerantes. Fue interceptada por una especie de luz blanquísima que la disolvió enseguida. Una compuerta se abrió inmediatamente después y de esa cosa salió una mujer pequeña, como de 150 cm, vestida de blanco tornasol. Les habló en una lengua desconocida a través de un aparato que le colgaba por el cuello. De inmediato se escuchó algo inteligible:

—Saludos amigos, ¡vengo del futuro!

Gracias al que resultó ser un traductor universal automático pudo hablarles a cada uno en su respectiva lengua y les dijo que les traduciría lo que quisiesen decirse el uno al otro. Antes les contó el porqué de su llegada. En el futuro del que venía, a miles de miles de años del presente, el planeta Tierra se encontraba totalmente desértico, casi sin vida. Les aseguró que si seguía el ritmo acelerado de desarrollo como el hasta ese momento alcanzado, el planeta entraría inevitablemente en lo que dijo ser sería el Antropoceno. A Jean-Pierre le llamó la atención este tecnicismo, lo que le motivó a consultar más detalles a la extraña visitante del futuro quien se le declaró como otra geóloga. Quedó absolutamente fascinado por la idea de que esta mujer estaba haciendo precisamente lo que él

siempre había pensado que hacía, al menos en sueños: viajar al pasado.

La mujer le explicó que los científicos del futuro pudieron desarrollar la tecnología para viajar en el tiempo, pero que solamente pudieron establecer el siglo aproximado en el que llegarían, mas no el año exacto ni tampoco el lugar. Por lo que habrían hecho los cálculos más precisos para acercarse al periodo del siglo XX en el que tuvo mayor auge la prospección petrolera. Aleatoriamente habría sido transportada hasta ese punto de la Amazonía ecuatoriana y en esa fecha exacta. La única misión que tenía, para no alterar nada más del pasado, era inyectar con el taladro de Jean-Pierre una sustancia que secaría las fuentes de petróleo del planeta. Como compensación les entregaría una fuente de energía limpia que permitiera cambiar la historia. Con la venia de Jean-Pierre, cumplió con el cometido para el que había hecho el viaje.

Antes de irme les dejaré hablar con la ayuda del traductor universal —les dijo la mujer.

—Amaba a Iruni y a Oijira a quienes tus hombres han matado —le dijo el auca sobreviviente al geólogo—. Desde pequeño deseaba ser mujer para casarme con Iruni, pero Oijira no tuvo una hermana gemela sino un hermano varón. Ahora no sé si podré continuar viviendo. Lo único que me queda es el consuelo de que quizá mi hermano haya subido al cielo y sea la luna y que Iruni esté con él.

Con esto estaba haciendo claramente referencia al mito de creación del astro que narra el encuentro incestuoso

entre hermanos. Los cráteres de la luna eran las manchas que la hermana hace con *huito* —una pintura negra empleada para maquillarse en ceremonias especiales— en el rostro del misterioso amante que la visitaba todas las noches y que al final resultó ser su hermano, revelándose así su identidad. Le contó detalladamente el mito a Jean-Pierre antes de que las lágrimas brotaran. Éste le dijo que le había conmovido hasta las entrañas el relato y su sensible pérdida. Le dijo que su amado seguramente estaría en la luna, pero en la cara que está oculta. Además le comentó que así como ellos explicaban el origen de la luna mediante ese mito, los científicos tenían su propio relato de cómo había surgido el satélite terrestre. Le contó sobre Theia y su colisión con nuestro planeta que determinó también su formación hace miles de millones de años, y le dijo que lo que había pasado justo antes de la llegada de la misteriosa mujer del futuro había sido necesario para que la contingencia espacio-temporal concordara. Le agradeció porque él iba a ser cómplice de la destrucción de algo que también amaba, pero ahora todos tendrían una nueva oportunidad. Se arriesgó y le contó la historia de las Amazonas, las míticas guerreras que, según los blancos, habían defendido su territorio a orillas de un mar negro. Le explicó que por eso el gran río, que seguramente conocía, para los blancos era el río Amazonas. Le dijo que, en vez de suicidarse en el río, podría seguir viviendo, que se podría llamar Amazona —que significaba “sin pechos, sin senos”—, y que sería una guerrera valiente que no dejaría que nadie más extrajera vida de la selva.

—*Mi nombre es Amazona, entonces, y viviré.* —se dijo en sus pensamientos, y luego en voz alta—: Mi venganza ha

sido morir y volver a nacer como mujer. He cumplido la promesa que le hice a Oijira y a Iruni.

Estas fueron las últimas palabras dichas por medio del traductor universal antes de que la geóloga del futuro se despidiese y se marchara. Amazona llevó a su comunidad a Jean-Pierre que se quedó a vivir en la selva por 30 años y no volvió a ver petróleo jamás. Aprendió muy rápido la nueva lengua y el chamán, con una piedra poderosa curó a este *wekude* —que nunca dejó de serlo— de una malaria dormida que padecía desde hace mucho.



## Reconocimiento

por: Mayra Tasna

# Nemonte: entre el ayer y hoy



**E**ra temprano por la mañana, Nemonte, un joven de la Amazonía ecuatoriana, vivía con su madre Atsut y abuelo Nankamai, quien era su guía y uno de los más viejos e importantes miembros del grupo, no vivía con su padre Ayui debido a que años atrás había muerto con un fuerte dolor de estómago después de que ingirió agua contaminada o eso le dijeron, pues, cuando eso sucedió era muy pequeño, solo recordaba cómo se divertía junto a él.

Nankamai era el chamán del lugar, por lo que él debía buscar plantas para sus ceremonias, así como agradecer a los ancestros que habitaban en la naturaleza y, como de costumbre, esa mañana salieron a realizar sus tareas. Mientras iban por la selva, el abuelo relataba como él había vivido antiguamente y, señalando un espacio desolado y lúgubre, dijo: «Nemonte, ves ahí, ahí antes existía un gran bosque, lleno de diversas especies de animales». Nemonte no lo podía creer, pues no recordaba esos árboles de los que hablaba el abuelo, siempre vio ese lugar vacío y lleno de agua negra; continuaban adentrándose más a la selva y el abuelo explicaba: «¿Ves este camino todo pegajoso? Antes era un riachuelo», luego, señalando un





árbol, dijo: «yo jugaba ahí con mi padre, y después jugué yo con tu padre». Se hizo un silencio, que pronto lo rompió diciendo: «a veces lo extraño....». De pronto gritó: «¡Ven, mira! Por aquí corríamos con tu padre y nos escondíamos cuando salíamos a cazar capibaras». El joven, en silencio, se cuestionaba que los únicos capibaras que había visto eran los que estaban en el corral de su casa. ¿Es posible verlos libres corriendo por ahí?

Finalmente, con lágrimas en los ojos, el abuelo, dijo: «Bebíamos libremente el agua de los ríos, hasta que el oro negro llegó». Nemonte sabía de qué hablaba su abuelo ¡del petróleo, claro! Esa era su niñez; caminaban por la selva teniendo cuidado de dónde pisaban, pues no debían meter el pie en aguas negras, Nankamai le explicaba para qué servían las plantas que buscaba, él no paraba de hablar, pareciera que vivió hace más de 100 años, conocía de plantas, animales y todo lo que había pasado en la selva, antes y después; y no era para menos, por algo era el más sabio del lugar. Nemonte sabía que debía poner mucha atención, pues él sería el próximo en tomar el cargo del abuelo, lugar que ocuparía luego de tener algún tipo de revelación.

Después de un gran recorrido, llegaron a una enorme roca, se detuvieron y el abuelo pronunció: «Nemonte, espérame aquí sentado mientras busco unas plantas que necesito para la ceremonia de hoy». El joven se quedó sentado y vió como su abuelo se iba perdiendo entre los árboles de aguanillo.

Nemonte, sin más que hacer, se recostó sobre la gran roca; mientras miraba hacia arriba, veía cómo las grandes copas



de los árboles se mecían y lo rodeaban, estaba quedándose dormido, cuando de pronto escuchó un pequeño murmullo: era la voz de un hombre que lo llamaba: «Nemonte, ven, Nemonte, Nemonte...». El joven rápidamente se puso de pie, pensando que su abuelo lo llamaba, fue tras la voz que venía en dirección contraria a la que su abuelo se había ido (pero esto no se detuvo a pensar Nemonte), continuó caminando y de pronto se dio cuenta que se encontraba muy lejos y en un lugar muy extraño, diferente a lo antes visto, pues hasta el momento conocía solo una oscura y triste selva, sin embargo, en ese lugar observó una cascada con agua cristalina, de ella salía un pequeño río con piedras de colores al fondo, y a su alrededor mucha vegetación. Se inclinó y vio el reflejo de su rostro perdido y, admirando la belleza tan pura del agua, no se percató de que alguien se encontraba atrás de él; de pronto una mano tocó su hombro y susurrando pronunció su nombre: «Nemonte». La vista del joven se nubló y cayó en un sueño profundo.

Al despertar, se encontraba envuelto entre sus sábanas: «Nemonte», grita su madre, «es hora de ir a la escuela». Nemonte, un tanto confuso, piensa: ¿escuela? Se levanta de la cama y nota que está más pequeño que antes ¿o las cosas están más grandes? Va caminando hasta llegar a la cocina, ahí está su madre, pareciera que está más joven y diferente, no le da importancia y pregunta:

—¿Tengo que ir a la escuela? —Su madre lo mira desconcertada y un poco enojada.

—¿Vas a empezar? sabes que debes ir todas las mañanas, Nemonte. —respondió su madre, e insistió—

Vamos, desayuna y vé rápido que ya es tarde. —Nemonte sale a lavarse la cara y ve en el reflejo del tinaco un rostro diferente, un rostro de niño. ¿Qué había pasado? Es como si el tiempo hubiera retrocedido, pero este no es mi rostro, pensaba muy sorprendido.

—Nemonte, apúrate. —grita su madre, pero él ya no podía pensar más sobre lo que pasó, no tiene claro si todo lo que sucede es producto de la voz extraña que escuchó en la selva antes de caer. ¿Será esta la revelación que debía tener antes de convertirme en un chamán? No es posible, ahora soy un niño, o, ¿es esto un sueño?

Nemonte caminaba de nuevo intrigado hacia su casa y, como si supiera qué hacer, rápidamente va al cuarto, agarra su mochila y sale corriendo a la escuela.

—Buenos días, niños —grita la maestra—. Hoy vamos de excursión, a ver las maravillas que nos rodean y aprender un poco más sobre nuestro bello Ecuador y sus riquezas, ¡cojan sus maletas y vamos!

Nemonte recuerda claramente que todo estaba marchito y dañado. ¿Qué puede haber aquí?, pensaba. Y de repente escuchó: «Apresúrate Nemonte». Era la maestra que lo estaba esperando en la puerta del aula. Junto a la maestra y sus compañeros, Nemonte iba rumbo al río Nangaritza, ahí esperaba una canoa que una vez abordada, la maestra explicaría cuántas regiones tiene el Ecuador y qué producía cada una.

—Niños, en la región Insular o Galápagos, existe una gran diversidad, uno de sus mayores atractivos son las islas,

su flora y su fauna —explicó la maestra, y continuó—: El país aprovecha esa riqueza mediante el turismo y conservación consciente, mientras que en la Sierra y Costa existen hermosas tierras, esta riqueza es aprovechada mediante la agricultura y ganadería. Gracias a esto, el país es un gran exportador de banano, frutos, hortalizas, etc., o el mismo cacao, con el que se realiza el más fino chocolate, cotizado en todo el mundo, siempre retribuyendo y cuidando la naturaleza del suelo, ya que es vida. Las semillas también tienen un trato especial, no usamos ningún transgénico, lo que hace que nuestros productos sean ricos en sabor y nutrientes, es realmente hermoso, ojalá algún día podamos visitar las plantaciones y podamos ver cómo salen grandes exportaciones a todo el mundo.

Nemonte ponía mucha atención, pues nunca había escuchado esto, ni cuando su abuelo le hablaba de su niñez, sin embargo, al mismo tiempo se preguntaba ¿es esto real o una alucinación?, de pronto se perdía en sus pensamientos.

—Nemonte, pon atención, vamos a hablar de la Amazonía, donde vivimos —dice la maestra—. Y también voy a explicar otros tipos de fuentes de energía. Escuchen niños, la Amazonía es considerada como el pulmón del mundo, por lo tanto, siempre la cuidamos, sus árboles y animales son respetados, muchos de nosotros aún cazamos, sin perjudicar su ecosistema, los ríos son muy limpios y existen muchos peces, los pescamos y hacemos maito.

—Yo comí maito ayer, después de atrapar un gran pez con mi padre —dice Puka—. Lo asamos envuelto en una hoja.

Al parecer, Puka era amiga de Nemonte, pues luego de decir esto, ella le sonrió.

—Apuesto a que estuvo delicioso, Puka —dice la maestra, y continúa—. En la Amazonía encontramos muchas plantas que nos ayudan a practicar medicina natural.

Nemonte sabía mucho de esto, aún resonaba lo que su abuelo le dijo mientras recorrían la selva, sin embargo, la maestra, a diferencia del abuelo, indicaba las plantas a los niños, Nemonte recordaba que el abuelo no podía hacerlo, pues no existían; mientras la maestra explicaba, a Nemonte se le vino una pregunta a la cabeza, pues recordó que cuando caminaba en la selva con Nankamai, había algo que recubría los ríos, algo pegajoso, y alzando la mano dijo:

—Maestra, ¿qué paso con el petróleo?

La maestra y los niños regresan a ver a Nemonte con sorpresa.

—Jaja, de qué hablas Nemonte, ¿si dormiste bien? —dice Puka.

Al parecer nunca habían escuchado hablar sobre petróleo en el país, puesto que la maestra sabía responder todo, pero esta pregunta se quedó sin respuesta. Nemonte, con un poco de vergüenza, dijo: «Olvédelo maestra». De regreso a casa, el niño pensaba lo que la maestra había dicho sobre los grandes molinos de viento que existían en los parámos de la Sierra, y los paneles solares que se encontraban sobre los techos de las casas. Mientras caminaba por la selva, miraba mucha vegetación y, sin pensarlo,

una familia de capibaras salió corriendo de entre los arbustos, «¡woooo!», gritó Nemonte, pues nunca había visto algo igual, rápidamente recordó lo que su abuelo le contaba sobre la selva y la caza, tras los capibaras salieron un padre y su hijo corriendo a toda prisa con sus lanzas, riendo y jugando, qué hermoso momento, desearía hacerlo con mi padre, pero él ya no está aquí, pensó Nemonte.

Al alzar su mirada, vio que en un árbol se encontraba una pareja de guacamayos cuidando sus huevecillos, mientras estaba distraído un mono travieso le lanzó una fruta. «Vas a ver», gritó Nemonte, lo persiguió y, trepando a lo más alto de un árbol, vio la inmensidad de la selva tal y como la había descrito el abuelo. «¡Ooooh, impresionante!», gritó; y mientras veía su inmensidad, una nube verde se acercaba. «¿Qué es eso?», exclamó en voz alta y muy asombrado, al estar cerca vio que era una parvada de pericos. «Jaja», rio, «Hola, hola, soy Nemonte», dijo como si los pericos lo entendieran. Luego bajó muy feliz de los árboles. «Qué asombro», expresó, y continuó: «Mi abuelo tenía razón», aún con un poco de duda. Cuando llegó a su hogar, vio cómo niños y niñas se coloreaban el rostro con una pintura vegetal llamada wituk, unos hacían collares y coronas, mientras las mujeres adultas pintaban sus vestimentas y los hombres preparaban la caza del día. Pareciera como si todos se alistaran para una ceremonia, y así era, el nuevo chamán sería anunciado.

—¡Oh!, quién será, debe ser muy sabio. —dijo Nemonte mientras pensaba sobre todas las características que debía tener, tal y como su abuelo le había dicho; que emocionante, pensó.

—¡Nemonte, ven! —dijo Puka—. ¿Dónde te habías metido? Saliste de la escuela rápidamente... Mira, vamos a jugar a pintarnos la cara mientras los adultos preparan todo. Ayer hicimos la *minka* para preparar este campo donde podemos jugar, ten este *wituk* y un palito.

Nemonte la quedó viendo fijamente, él no recordaba nada de eso, pues hasta ayer era un joven que salía a recorrer la selva con su abuelo y hoy no está seguro de si lo que está viviendo es una realidad o lo que ayer vivió fue lo real y lo de hoy es un sueño, sea cual fuera la situación, hoy vio tantas maravillas que lo pusieron muy feliz.

Ya al anochecer, se escuchaban a su alrededor los sonidos de los árboles chocando uno con otro, el agua de los ríos correr, sonidos de los animales nocturnos. En medio de la comunidad se encontraba una fogata y a lo lejos una gran choza, mientras unos bailaban, cantaban y otros cocinaban, Nemonte perdió su mirada en la oscuridad de aquella chocita, la observó fijamente por varios minutos, cuando de pronto de la espesa oscuridad y humo que la cobijaba, salía un hombre con una gran corona de plumas, rostro pintado con finos rasgos, alto y piel canela, colgaban de él adornos de hueso, madera y otros elementos, empuñaba en su mano derecha un ramo de poderosas hierbas. Todos aplaudieron; Nemonte, perplejo, observaba al nuevo chamán, sus ojos se llenaron de lágrimas que no demoraron en recorrer sus mejillas, una presentación así merecía lágrimas, pero Nemonte no lloraba por la belleza de la ceremonia, él nunca se detuvo a pensar en una nueva posibilidad, que lo nuevo y extraño de hoy tuviera algo más extraordinario, y que aquel personaje que salió

de la oscuridad fuera partícipe de tan maravilloso acontecimiento, su padre estaba vivo y era el nuevo chamán.

Entre risas y cantos, la ceremonia terminó, todos fueron a dormir, pero Nemonte seguía preocupado, el solo hecho de pensar que toda esta maravilla fuera un sueño y que al dormir volvería a la enorme roca donde le había dejado su abuelo, lo mantenía despierto, hasta que finalmente el sueño venció y se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, un ruido fuerte lo despertó, se levantó de la cama y salió corriendo a la cocina, la luz de la entrada lo cegaba, solamente veía dos siluetas. Con temor, se restregó los ojos y finalmente observó que eran su madre y su padre que lo esperaban para desayunar, volvió a llorar y abrazar a su padre. «Padre estás aquí», dijo Nemonte.

Muy desconcertado, su padre respondió: «Dónde más podría estar, nunca me he ido, ayer estuve todo el día haciendo los preparativos de la ceremonia, por eso no me viste hasta la noche. ¿Te pasa algo?». Nemonte, con una sonrisa, contestó: «No, solo estoy muy feliz de verte», mientras pensaba que sí, efectivamente era mucho mejor esta realidad que el pasado triste y contaminado en el que había vivido de joven con el abuelo Nankamai, al que extrañaba, pero no más que a su padre.

Finalmente, entendió que el abuelo Nankamai era un espíritu que de una u otra forma le estaba enseñando a valorar su realidad. La selva, la escuela, lo que su maestra habló ayer, absolutamente todo estaba igual, un Ecuador sin petróleo sustentado con sus verdaderas riquezas, respetando todo lo existente y, lo más importante, que todo lo que él veía con admiración y amor estaba con vida.

# Jurados del concurso





## Gabriela Alemán

Escritora, guionista de radio y cine, traductora, profesora, editora. Autora, entre otros, de los libros *Fuga permanente*, *Body Times*, *Posso Wells*, *Álbum de familia*, *La muerte silba un blues* y *Humo*. Ha recibido varias becas para escritura y recibió el Primer Premio de Crónica Ciespal en 2014 con *Los limones del huerto de Elisabeth*.



## Jonathan Álvarez

Abogado por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y Licenciado en Lengua y Literatura por la Universidad Técnica Particular de Loja. Cuenta con una maestría en Literatura Hispanoamericana y Española por la Universitat de Barcelona y una maestría en Filosofía por Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia. Ha publicado cuentos, crónicas, artículos literarios y filosóficos. Su cuento *Primer premio* se incluyó en una antología publicada en 2017 por Cactus Pink y Eskeletra. Ganó, en 2018, junto a José Luis Barrera, el primer premio en categoría crónica del concurso Tus ideas en papel, del Núcleo de Pichincha de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.



## Natalia García

Natalia García Freire nació en Cuenca, en 1991. Hizo una maestría en la Escuela de Escritores de Madrid, en 2016. Es periodista y ha publicado artículos de cultura, viajes, perfiles y crónicas en varios medios internacionales. Ha escrito cuentos y su primera novela *Nuestra piel muerta* se publicó en octubre de 2019 en la editorial española La Navaja Suiza. Trabaja como maestra de inglés de primaria y como profesora de escritura creativa en la Universidad del Azuay, en Ecuador. Tiene un jardín, un gato y escribe.



## Pablo Fajardo

Nacido en Manabí, es residente de Shushufindi desde niño. Junto a otros amigos, campesinos e indígenas fundó el Comité de Derechos Humanos de Shushufindi, donde con tan solo 16 años, fue su presidente. En el año 2004 se graduó como abogado. En el año 2005, fue designado como el abogado principal de los demandantes en el juicio, iniciado en 1993, en contra de la petrolera Chevron, antes Texaco. Es integrante de la Unión de Afectados por Texaco, UDAPT.



LA  
HISTORIA  
QUE *pudo*  
HABER SIDO